

LA COMEDIA URBANA

Enrique González Rojo

2002-2003

**Per me si va nella città dolente
(Dante Alighieri)**

PROEMIO

No sé por qué, al inicio de este escrito,
 me invaden las palabras,
 se me suben como hormigas por las piernas,
 bajan a mis dedos, y me infiltran
 el impulso de escribir, el hormiguelo.
 Las descubro en los cuatro puntos cardinales
 de mi boca. Me exigen que las diga.
 Que ponga entre paréntesis el silencio.

Sí con tan altas pretensiones.
 Desde arriba.
 Desfalcándole un punto al firmamento.
 Mis vocablos, mi sintaxis de vivencias,
 se encaraman a su mirada de águila,
 de estrella prófuga, de atalaya,
 de panóptico lírico.

Le hurtan a Dios el don de ubicuidad
 su ser hermano de leche
 del espacio y el tiempo
 y arroja lo restante, el bagazo divino,
 al estercolero de lo inexistente.

Reemplazan en mi boca a la saliva.
 Pugnan por autodecirse, gritarse,
 dejar su envoltura de letras
 y convertirse en el alma
 de la lengua.
 Dan un recital de sus mejores sílabas
 en el sitio del zenit
 donde el sol se torna igualitario.
 Se transmudan en helicóptero
 libélula gigante
 motorizada espía que
 en su periplo aéreo
 mira oye
 escudriña
 presiente
 lo que sucede
 -o sucedió-
 a sus plantas...

y nos dice.

CANTO PRIMERO
TEMPLOS AVENIDAS PARQUES

Nuevo día

*El monstruo se despierta.
Dentro de sí
lucha a dos manos con sus párpados cerrados
logra abrirlos
despierta
y se pone a hojear
sus primeras miradas.*

*El carro de mudanza de la noche
que conduce su carga de mobiliario oscuro
se aleja hacia el confín
con todo y el rechinado
de sus ruedas
que al choque de guijarros van dejando
reguero de luciérnagas.*

*El monstruo abre los ojos.
Se sacude lo inmóvil y...se yergue.
Se restriega los sueños
las imágenes perdidas
las sombras en los párpados.*

*En algunos cuartuchos
se le caen aún de sueño las persianas.
En todos los buzones
continúa bostezando.
Le da el golpe a la atmósfera
y se llena de aire los pulmones
como el cantante lo hace con las notas musicales
retenidas ahí sólo el tiempo necesario
para hacerlas belleza.
Empieza entonces su labor
cotidiana.
Resopla.
Se estira.*

*Hace gimnasia en todos sus parques
a lo largo y a lo ancho de las seis de la mañana.
Amanece.*

*El monstruo un Argos de ventanas
llena su organismo de pedazos de cielo.
La sangre le recorre por las venas
las arterias los ejes viales.
Por el viaducto cruza sin cesar
en turbulencia de glóbulos
en vendaval de vida
y corre libremente
porque aún no se forma el coágulo
del embotellamiento.*

*Heraldo del rocío
un gallo
desde Dios sabe dónde
nos entrega
subliminalmente
el nuevo día.*

Ruido

Te hallas agazapado medio dormido
en el Lago de Chapultepec
-donde las alas de un ánade
levantan
chapoteando
arpegios de cristal y espuma-,
en el corazón del Parque de los Venados
-donde unos novios se dedican a formar
pajaritas de papel con todo y trinos-,
en los alrededores de la urbe
-donde está a punto de caer algo del cielo-,
en ese barrio esa colonia ese rumbo
donde estalla fugazmente la obsesión
de campanas misioneras
y en el flujo y reflujo del silencio
que se escucha por la noche
y que no es sino la pausada respiración
de los que duermen.

No eres el rumor en cantabile
 con que las cigarras
 leen la partitura del atardecer,
 ni el resonar del río
 que interpreta en el cauce
 su contrapunto de agua,
 ni el redondo palpitar del pecho
 de enamoradas señoritas
 cuando sienten venir hacia ellas
 las dulcísimas malas intenciones
 de una mano.

Te hallas entre los principales pobladores
 de la ciudad.
 Nunca desapareces del todo
 porque no hay un silencio químicamente puro
 ni una atmósfera nocturna en que no se oiga
 el espectral ladrido de algún perro.
 Nunca haces tu equipaje.
 Nunca tiras la toalla.
 Nunca consientes que tus músculos abdiquen.
 Jamás pides posada al camposanto.
 Jamás cierras los ojos
 y si lo haces
 cabeceas en almohadas invisibles
 efímeras
 y aéreas.

Te hallas doquier:
 vienes con el avión que
 al aterrizar,
 atestado de gentes y de estrépito,
 baja trozos de cielo atormentado.
 Vas en los autos que atropellan
 con todo y claxons a media calle
 o a media mano
 la línea de la vida.
 Rugen como en prisión
 en el ir y venir del estruendo subterráneo,
 en las marchas que incendian la ciudad
 con sus vocales incendiarias,
 en los amores delictivos que sostienen a veces
 la fuga de gas
 y alguna chispa.

Hay días en que la urbe
 es una enorme estación de radio
 ganada por la estática.
 Otras la pista de aterrizaje
 de escuadrones de viento que llegan
 de sabe Dios qué guerra.
 Un día el griterío escalofriante
 de la Llorona motorizada
 de la ambulancia
 y siempre la reencarnación del infierno
 al son de esa música comercial
 acompañada por el bajo continuo
 de su estulticia
 rítmica.

Te desvelas y ruges en los antros
 en los cabarets en los alaridos
 que no puede sujetar
 la camisa de fuerza
 en las orgías donde todo mundo acaba
 extraviando las manos
 y en el coche con la bocina descompuesta
 que se escucha durante horas como el grito
 de una sirena torturada.

Catedral

No sólo está a la vera o encima del pasado
 cubriendo los rumores
 -de los **huéhuetl** los **teponaxtli**-
 con cantos gregorianos de rodillas,
 ramilletes de aleluyas
 o un órgano que -asegúrase-
 recuerda el timbre de bajo profundo
 de Dios

no sólo se encuentra,
 como una gallina con su prole
 protegiendo sus rincones oscuros
 olorosos a incienso
 a pecados
 o a la cera que en el cirio pascual
 se derrama inmóvilmente

no sólo está gemebunda de campanas
 con las manos unidas de la cúpula
 unificando las preces
 que surgen en su nave
 e hincada de rodillas
 rogándole al gran hueco de la altura
 con plegarias de mármol
 por la grey de creyentes

no sólo está en el zócalo del alma
 de cada feligrés
 en el primer cuadro de su angustia
 y en el centro histórico
 de la fe colectiva que alza en vilo
 la estructura barroca de su Dios

también está en la plaza central
 en el corazón de la urbe
 oyendo pacientemente los gritos
 las demandas las palabras en pie de guerra
 del descontento cívico
 y sintiendo sorprendida
 que se ha vuelto partidaria de la teología
 de la liberación por lo menos
 una de sus campanas.

Basílica

La Basílica de Guadalupe es un lugar
 de peregrinación doliente
 viacrucis de una feligresía
 que llega caminando
 sobre rodillas de sangre.
 Los creyentes
 llevan pencas de nopal espinoso
 en la espalda y el pecho
 como blusa diseñada
 por infernal sastrería .
 O como un instrumento naturista de tortura.
 La Virgen de Guadalupe existe un poco más que Dios
 para la gente.
 Es una mano de terciopelo en las heridas.
 Posee un regazo de nunca acabar

tendido a todo cielo
 que puede ser compartido
 por cualquier hijo de vecino
 que haya descubierto en la pila bautismal
 flotando
 las letras de su nombre.

Monumento de la Revolución

Ha envejecido como la propia
 revolución.
 Ha entrado en carnes
 en moles de piedra desgarradas
 como lonjas de mármol.
 No está hecho con ladrillos
 sino con trocitos de memoria
 unidos con el sincretismo de la mezcla.
 Ya no huele a pólvora
 sino a orines.
 Es una estatua a la pirueta.
 Un hangar para ángeles averiados.
 Un elefante blanco
 al centro de su propio circo.
 Más que una construcción conmemorativa
 parece la lápida mortuoria
 de un cadáver vestido
 con suma elegancia
 de gusanos.
 La pátina del tiempo emborrona los rostros de los héroes.
 Y no sé qué sordina ha devorado
 con sus mandíbulas de algodón
 el épico relincho de las cabalgaduras.

Bellas Artes

Salas de conferencias, librería,
 restaurante,
 escalinatas negras,
 lámparas, anuncios,
 mujeres que sacan a pasear a su belleza,
 escondrijos de mármol para amantes clandestinos.

En el salón de exposiciones
 -esa galería diseñada para que en ella deambulen
 nuestras mejores miradas-
 hay óleos con olor a pasado, a siglos polvorientos;
 realistas,
 con ademanes de entusiasmos añejos
 y vocación de duplicar lo dado
 hasta crear su divina redundancia.

Juguetes vanguardistas que,
 disparando blasfemias antiaéreas
 contra toda galaxia de cánones académicos,
 crucifican la simetría
 en en torcido leño del desorden.

Murales donde la historia patria,
 -el pasado que quiere desortijar su antorcha
 en el oscuro túnel del presente
 para ir hacia el futuro-
 se mete por los ojos a la psique,
 las entrañas,
 el espíritu cívico,
 buscando que las manos abandonen
 los moluscos del ocio.

Teatro con un telón pintado
 donde los volcanes custodios de la urbe
 jamás serán el pasto de las llamas
 porque el asbesto sabe ponerle un hasta aquí
 al asaltante nómada del fuego
 con Dios sabe qué hielo entretejido entre sus fibras.

El público cautivo, los melómanos,
 escucha embelesado
 el oboe que sabe interpretar el momento único
 en que la rosa se marchita,
 la cantante que pone, con su agudo,
 a aletear un punto del espacio
 y a causar conmociones en la orilla
 fácilmente inflamable del delirio.
 O el clarín
 que, en forma imperativa,
 toma a nuestra emoción de la solapa
 y hace que,
 enloquecidas,
 se deshagan las manos en aplausos.

*(Los fantasmas de Chávez y Revueltas,
Luyando y Ruvalcaba,
después de la tercera llamada,
tercera,
de la invocación lírica,
vuelven al escenario,
con el telón de fondo,
los tramoyistas
y el espectral sonido de ultratumba).*

Bellas Artes,
fábrica en que las musas se dedican
a crear escalinatas hacia el cosmos
y canoas con proa al infinito,
bajar luceros con hilo de cometas,
prohibir el aleteo de la cera
o también pastorear su majada de sonidos
hacia el yunque y el martillo
del herrero armonioso de la oreja
que moldea una música
a la medida de los hombres,
que no es ni la estruendosa de los astros,
ni la que, en vecindad con el silencio,
y formando la atmósfera del átomo,
no llega ni el tamaño de un suspiro.

El Bosque de Chapultepec

I

El más húmedo terrenal intenso
de los poemas de Netzahualcóyotl
-ese coyote en verdad hambriento
de infinito-

pone un **alrededor** de verdes mariposas,
 estandartes de oxígeno
 y luciérnagas que mastican
 pedacitos de día,
 a un castillo plagado
 de fantasmas
 donde un monarca ambicioso
 aúlla entre los cuatro paredones
 de su alcoba
 y una princesa decapitada
 remueva históricamente la basura
 buscando su corona.

En el lago
 las lanchas
 casi barcos de papel
 son pequeños esquifes tripulados
 por los remos un charco de agua viajera metida a bordo
 una nube de mariposas en lugar de velamen
 y un bullicio de barco ebrio
 donde los cantantes rancheros
 emplean sus falsetes
 para quitar la espuma a la cerveza.

En el agua
 -donde los patos
 y su pasión inútil de ser cisnes
 le cortan las alas a la inspiración-
 se reflejan:
 el castillo coronado de nubes
 un avión de juguete que pasa mordisqueando el horizonte
 la libido que se lleva
 de pinta a los muchachos
 y el desorden invisible de los vientos.

II

El zoológico de Chapultepec
 es una enorme jaula
 de berritos gorjeos estridencias
 y el ulular gimiente de algún viento
 también encarcelado.

Las jaulas separadas
 -de los pájaros los antílopes
 los osos los tigres-,

la caja milagrosa de pulgas amaestradas
 sepa Dios con qué látigo
 de miniatura,
 el charco en que las palomas no necesitan
 para calmar la sed
 sino un poco de agüita con diéresis
 y sabor a mañana,
 crean diversos mundos:
 cada uno tiene sus orígenes
 su prehistoria y su historia
 su olor de patria chica
 su mapamundi
 -cada individuo escoge un lugar estratégico
 dentro del **nosotros** para hacer su nido-
 sus juegos
 sus amores
 sus odios
 sus pleitos de pronombres furibundos
 o sus guerras mundiales.
 Los antropoides
 se traen entre manos un suspiro
 o se embarran una lágrima en el pecho.
 Tienen también sus enfermedades
 sus muertes
 sus duelos
 sus marchas fúnebres
 sus olvidos.
 Y también desde luego sus preguntas:
 los animales superiores cargan
 como nosotros
 casi siempre entre signos de interrogación
 su propia lengua.

III

Los espectadores los contemplamos
 desde fuera
 desde el más allá
 desde el enrejado que cuadricula nuestra vista,
 y llevados por una profunda curiosidad
 que pone en cámara lenta nuestros parpadeos.
 Tal vez descubramos algo de nosotros en esas bestias
 o su muy darwinista viceversa.

El que vivan en un espacio y un tiempo
 moldeados por la forma y el tamaño de su jaula
 nos recuerda nuestra situación
 de criaturas esculpidas
 sobre el pedestal del instinto.
 El que sólo tenga sentido para ellos
 lo que ocurre en el interior de sus fronteras
 -y lo que pasa fuera de su orbe
 son lejanísimos estruendos metafísicos-
 nos conmueve por el parecido que presenta
 con nuestra condición.
 Después de estarlos contemplando atentamente
 por buen tiempo
 volvemos nerviosos los ojos al horizonte
 para ver si no hay otro público
 que desde otra jaula
 más allá de la nuestra vislumbra
 las idas y venidas
 los quehaceres cotidianos
 o las preguntas ay con orfandad de respuestas
 de los animales racionales.

Avenida Reforma

Es la más señorial de la ciudad de México
 amplia ruidosa porfirista
 hecha para el cortejo de los paladines
 y los claros clarines de los claxons.
 A decir verdad, no tendría empacho en ser
 la calzada real de cualquier paraíso.

Está vigilada a ambos lados
 por una fila de héroes
 que oyen imperturbables,
 sólo con parpadeos de moscas
 en los ojos,
 la iracundia civil alzada en puños
 y el fragor de vísceras
 de las manifestaciones cotidianas.
 Los próceres sienten
 el **únete pueblo** en sus oídos
 pero permanecen indiferentes a su llamada
 porque es imposible descender del propio pedestal
 al anonimato.

Glorietas

I

Aquí con esta estatua se recuerda
 al genovés que previamente a hacerse al mar
 navegó infatigablemente
 por el mar encrespado de su propio cerebro.
 En este santuario se nos dice que las tres carabelas
 que el gran navegante trajo consigo
 al surcar por su mar de incertidumbres
 fueron la inteligencia
 la pasión
 y la voluntad.
 Y aunque en su travesía
 tropezó con algo inesperado
 -una tierra se dice sedienta de bautizo-
 su idea original la almendra de su impulso
 su brújula (uno más de sus órganos internos)
 gritaba a los cuatro rumbos
 la exactitud redonda de su idea.
 El hombre que no se crece con las dificultades
 se autocondena a ver la mediocridad
 cuando se mira en el espejo
 -que es siempre más amigo
 de la verdad que de cualquier filósofo
 enamorado de su propia lengua.

Colón se batió a brazo partido con todo un océano.
 Al principio pareció que los glóbulos incoloros del líquido
 vencerían a los de su sangre.
 Al principio parecía que la fórmula química del agua
 triunfaría sobre la fórmula anímica de la decisión.
 Pero cuando un propósito, como el del genovés, es inquebrantable
 o cuando un designio
 no tiene una cabellera de cuarteaduras
 que pueda ser tronchada por no sé qué tijeras,
 entonces la conspiración del agua
 se ahoga en su propia impotencia.
 El genovés no sólo desarrolló el nuevo mundo frente al viejo
 no sólo se embarcó en el cuento de no acabar de la aventura
 sino que roturó la tierra
 que moteara sus pupilas primero y ensuciara sus botas después
 con la posibilidad

de que en ella brotase nuestra patria
 su atmósfera mestiza
 sus fronteras
 su pintura su música
 su Ramón López Velarde
 su comedia urbana.
 Los océanos, en tanto,
 lloraban su derrota en cada playa.
 Ya no eran los guardianes
 salados y feroces
 del mundo dividido.
 Ya no eran los dragones mitológicos
 que lamían los fragmentos escindidos
 del universo mundo;
 eran como el perro el gato y a veces el instinto
 animales domésticos
 ferocidades amaestradas
 por el genio la astucia la clarividencia
 del genovés que aquí con esta estatua
 la ciudad alza en hombros.

II

Los aleteos del Ángel de la Independencia
 comienzan en la columna
 y prosiguen doradamente
 allá en las nubes:
 todo ángel que le guiña un ojo
 a la libertad
 no puede ser otro
 que aquel que
 a un paso en falso de la perfección
 fue arrojado desde las cúpulas del incienso
 hasta los sótanos incadescentes
 del azufre.
 Mirando la columna
 y el perpetuo reinicio de su vuelo,
 viendo que la escultura se hace jaula
 para la vocación indestructible
 del aletear que arroja todo lastre
 de su obsesión terrígena,
 dígome:
 cuántos esfuerzos más oh dioses cuántos
 habrán de requerirse
 para que toda la urbe,
 que sufre una tormenta de aguas negras,
 tenga al fin a la mano el firmamento.

III

La Diana Cazadora
 se halla persiguiendo sin cesar
 (los ojos en la mira
 de sus propias pupilas)
 la atención del hormiguero.
 Pero no lo hace con un arco y una flecha
 sino con un cuerpo de mujer
 que, al saltar de la carne a la escultura,
 conserva solamente los paños interiores
 de la belleza.

La ninfa

(en su atribución de luna)
 tiende su arco en cuarto creciente
 clava su rodilla en la gracia
 y se dedica con ahinco
 -sus flechas ya han sido ganadas por el blanco-
 a la caza menor
 de los antílopes de aire que cruzan por la altura
 y a la caza mayor
 del cielo entero

Iglesia de la Conchita

En un parque
 enfrente de una iglesia
 de miniatura
 un individuo delgado
 con nariz aguileña
 envuelto por una atmósfera de azufre
 que nace en sus axilas,
 da vuelta en torno a la iglesia,
 suelta sus ojos en el atrio
 y los recoge en el ábside.
 Murmura ajos y cebollas en latín.

Pone sus carcajadas en sordina.
 No cabe duda: se trata de un demonio
 que viene a espiar como quien no quiere la cosa
 el concilio de querubines que se está celebrando
 en esta iglesia de juguete.

Parque México

En el parque México
 donde los patos
 se hallan a un ganso
 de sentirse cisnes,
 hay en este momento
 en los cuatro puntos cardinales
 cuatro parejas que a un tiempo
 viven el instante en que se da
 ese salto de amoroso chapulín que conduce
 desde el abrazo al beso.
 El hombre de la primera pareja
 le dice a la mujer: ¿será para siempre?
 La mujer de la segunda
 le responde a su novio: sí para siempre.
 La mujer de la tercera
 le pregunta a su amigo: Pero de veras ¿nunca?
 Y el hombre de la cuarta
 le responde a su novia: Te lo digo nunca.

Son palabras eternas.
 Pactos de sangre con los dioses.
 Marchas triunfales de nunca acabar.
 Pero ay el tiempo es el hueso más duro de roer.
 Movimiento perpetuo descarrilado en alguno de sus compases.
 Todo cuchicheo de eternidad
 puede terminar
 -¡termina!-
 en el rugido de lo efímero.

La bestia

*Desde la perspectiva
de un águila hambrienta de firmamento,
la ciudad es un animal que fagocita
perpetuamente
sus alrededores.
Que chapotea en sus aguas negras.
Que da manotazos al campo.
Que colecciona aullidos de sirenas
y armónicos de cantos gregorianos.
Acéfala,
vive
suspira
crece
como si alguien le hubiera guillotinado
la lógica.
La sangre le recorre
(muchas veces a vuelta de rueda)
por el viaducto
y el periférico.
Respira en los parques
hace el amor en todos sus hoteles de mala muerte.*

Campo

Sobre ti se yergue la ciudad
pero no como el poema sobre la hoja en blanco
o el cisne en el agua mediocre
sino como el buitro
o cualquier otro infortunio carroñero
sobre su víctima.

Eres el origen.
El molde de la primera palabra.
La madre de todos los suspiros.
Eres la incubadora que trama el crecimiento
de cualquier semilla de impulsos genealógicos
hasta hacer que se hospeden en sus nidos
pedazuelos de estrella.

La ciudad te sojuzga.
Te aniquila con su manada
de cemento.
Te transforma en empedrado olvido.
Se niega a darte la palabra
a escuchar la música de cámara de tus vocales.

Te busca sucedáneos en la maceta
el jardín
 el parque
 el abejorro despistado
las flores olorosas a petróleo
o los bosques repentinos y añorados
que el viento pastorea
por la atmósfera.

Acosado por la urbe
 y sus mesnadas de excremento
por la invasión de ladrillos
argamaza
varillas
cristales
mosaicos
y un Metro que crucifica tus entrañas
te has tenido que salir a refugiar
en los alrededores
las afueras
los pórticos de polvo.

Pero no. No te has ido.
Ni
 pisado y retenido por la ciudad
podrías hacerlo.
Estás aquí
 inmovilizado
como si fueras
 y a lo mejor lo eres
 el inconsciente
de la urbe
con dos que tres florecillas silvestres
 instintivas
brotando del pavimento
y alguna que otra piedra
sin amo
rodando en la calzada.

No obstante
 aunque los ojos acunen la negrura
resulta ineludible tu presencia
como si siguieras las lecciones de ubicuidad
del oxígeno
o imitaras la obsesión del tiempo
que jamás cambia sus quehaceres

por la mano acariciante de la almohada.

Tanta es tu rebeldía
 que en un edificio (posmoderno lo llaman)
 de cristal,
 habitado por todos los cardillos
 de la altiplanicie,
 sito en el Periférico
 en llegando a Reforma,
 un árbol,
 apresado en no sé qué piso,
 halló una ventana abierta
 y se volcó a la intemperie
 buscando la complicidad de la atmósfera
 contra los manotazos carceleros
 de la arquitectura.

El sueño viene de ti:
 a veces en la noche tus puñados de arena
 se introducen por los ojos en los hombres
 y nadie puede arrojarte de ahí
 ni comedidamente
 ni cerrando de golpe la puerta de los párpados.
 De ti surge la vida
 y su afán de montar guardia
 a la vera del más pequeño de los gemidos
 de la albúmina.
 De ti brota la muerte:
 en veces te ocultas
 en la angina de pecho de lo efímero
 en el dolor de manos de la ausencia
 o en la poesía que se enciende
 con la soledad en llamas de su canto.

Pero cómo tenerte a golpe de memoria
 si nos hallamos a una ciudad completa
 de olvidarte.

Pero nos gruñes en los huesos
 en las cloacas del alma
 y querámoslo o no
 cuando tenga lugar nuestra primera
 bocanada de polvo
 te arrojarás a los pulmones
 reclamarás lo tuyo
 y aunque la urbe insista en poner
 la muerte entre paréntesis

la sepultura cantará victoria
y quedará por fin
la ciudad en tus manos derrotada.

CANTO SEGUNDO
OFICIOS

Zapateros

Para evitar que sus habitantes
anden los pies desnudos
en sitios empedrados
 donde puede ocultarse el caligrama venenoso
de un escorpión,
 o una piedra que, bien vista, no es sino un colmillo
vampiresco,
la ciudad hace que algunos
se vuelvan zapateros e instalen su taller
ahí donde se encuentra dando gritos
la demanda.

Los zapateros forman
trozos de pavimento a la medida
de los pies.
 Sus criaturas obligan
a todas las amenazas del sendero
 (las piedras
 la mugre
los hoyancos)
a deponer las armas
y convertirse en un incidente algodonado
del paisaje.

Los zapateros, con sus criaturas,
les ponen cauce y sentido de orientación
a los arroyuelos de carne que nos mueven.

 Con la arácnida destreza de las manos
hacen minúsculos carromatos de cuero
hule charol
ansias de correr mundo.
Convierten los vericuetos en veredas
los caminos en calzadas reales
y tras de hacer las suelas
con el mismito material con que se forman
las llantas trashumantes de un vehículo,
terminan su trabajo
con la rúbrica enmarañada
 de las agujetas.

Boleros

En Insurgentes
 entre la colonia Roma y la colonia Hipódromo
 los boleros
 sentados frente a una silla
 -donde se suceden ininterrumpidamente
 clientes de zapatos tristes
 sandalias a mitad de una odisea
 vientos entrometidos que también
 querrían ver con lustre su calzado-
 se inclinan a los pies
 que sufren hormigueos de elegancia.
 Esculpen en sus manos manos de escultores,
 pero de escultores de ráfagas de viento.
 Se dedican a lustrar los itinerarios
 del delirio
 o a ennegrecer las pezuñas de cuero
 puestas a trotar y galopar por el planeta.
 Y oh salones de belleza a la intemperie,
 logran que el ave de rapiña de lo sucio
 -que apresa con sus garras al charol-
 huya de la jauría de rechinidos
 del trapazo.

Costureras

La poesía
 parada de puntas
 para ver más allá de las palabras
 o el helicóptero que lleva de piloto
 el don de ubicuidad ,
 nos muestran que
 en San Antonio Abad y sitios aledaños
 las costureras
 se dedican a vestir a todo hijo de Dios
 o de vecino
 fabricando calcetines ropa interior
 camisas
 o pañuelos
 (que pueden ser un ábaco de lágrimas)
 y hasta la calefacción de lana
 de los calcetines,
 como ayuda al combate cotidiano
 contra el ambiente y sus puñaladas de frío

o a favor del vestirse recoleto
 con lujo de botones santiguado
 por la Iglesia.

Aquí en el ochenta y cinco
 el sismo creó ruinas
 infartos de cemento
 denuncias de nunca acabar
 viejas cuentas no saldadas e insepultas
 heridas en que se oye una plegaria
 buscando cicatrices.
 Aquí dio manotazos lo imprevisto.
 Gritó a todo volumen el desastre.

Y la ausencia de Dios rugió en la tierra.

Pedicuristas

Los pies
 no son sólo la preocupación,
 la materia prima,
 de los zapateros,
 los boleros
 y las costureras,
 sino también de las pedicuristas
 que en las calles de Campeche o de Sonora
 les dan consejos a la carne y a las uñas,
 desalojan al viento que se entromete y enreda entre los dedos
 regalan antorchas a la incertidumbre
 y preparan brújulas bicéfalas
 para las encrucijadas.

Siesta

*La siesta de la urbe
 tiene lugar entre las quince y las dieciseis horas
 cuando bostezan las puertas de las casas
 de las tiendas de los autobuses
 y el bochorno incendia el volante
 de los automóviles.*

*Esta noche en miniatura
 apenas un poco más grande que el pestañeo
 pone enfrente de los ciudadanos
 los sueños más profundos
 pero volátiles
 como pedazos de periódicos
 al viento...*

*Entre la pérdida de conciencia
 y el volver en sí
 hay a veces unos minutos
 el abrir y cerrar de un libro
 un pestañeo en cámara lenta
 un descanso para reponer vigores
 y volver a las andadas.*

*En algunas calles plazas
 y parques desiertos
 el monstruo bosteza
 y busca un sitio donde poner las sienes
 y mueve con suma dificultad
 sus párpados.*

*Toda la ciudad
 por un segundo
 está dormida.*

Iluminación

*Hacia la noche
 la respiración de la bestia se hace más pausada
 los pulmones se ponen a soñar
 sobre almohadas de oxígeno
 la ciudad se ilumina
 para deleite del avión que llega
 -o del ángel a propulsión a chorro
 que cruza en alto cielo-
 y busca si en el paraíso
 hay pistas de aterrizaje.*

Electricistas

Se suben a su andamio
 ponen su estetoscopio en los transformadores
 le toman el pulso a cada cable
 tienen
 malabaristas
 el alma en un hilo
 hacen no sé que cirugías profundas
 cielo adentro
 se hallan siempre temerosos
 de que algún peligro de alta tensión
 pueda electrocutarlos.
 Anticuerpos del organismo urbano
 se encuentran en diferentes
 puntos de la ciudad
 con el **fiat lux** entre los dedos
 haciendo que la vista
 no sea barrida de los ojos
 por la tormenta de negrura
 o los despóticos afanes de la noche.
 Médicos de la luz
 analistas de cualquier chisporroteo
 arreglan el alumbrado de toda la ciudad
 o los minúsculos apagones
 de las luciérnagas...

Sueño de un ferrocarrilero

En mi locomotora
 voy con mi cabellera de humo
 peinada y despeinada
 por el viento
 por el viento
 que es un tren invisible
 que me embiste.
 Miro con desdén la soberbia de la lejanía
 y el recato del horizonte.
 Avanzo
 echo marcha atrás
 paro en seco
 en un punto cualquiera de la línea

ferroviaria.
Puedo ir a donde quiera.
Mi locomotora ha oído del don de ubicuidad
y va en su busca.
Me introduzco
en los jardines de las casas
por las puertas
hago que yo y todos mis furgones
se metan al interior
 a la intimidad
de los hogares.
Y me estaciono a la mitad
de una sala
 de un comedor
 o de una alcoba
en el preciso instante
en que llora un bebé
 se retuerce las manos un anciano
o estalla la discusión
entre un hombre una mujer
y un crucifijo.
Me digo: soy un maquinista
que hace versos.
Veo hacia atrás
y recorro el culebreo estático
de mis furgones.
Capto los llamados de la estación terminal
siento un hormiguelo en las ruedas
salgo de nuevo de la casa
corro en estampida
 pisándole los talones al desbocamiento
me deslizo por valles
montes cordilleras
en dirección a la playa.
Sólo disminuyo la velocidad
cuando
 produciendo más nubes que el cielo
y levantando más polvo que la brisa
penetro en el mar
con zancadas de gigante
y después de un tímido forcejeo
me voy hundiendo en él
pesada
lentamente...
hasta que abro los ojos
logro hacerme de una bocanada de oxígeno

y despierto entre el oleaje arrepentido
de las sábanas.

Cartero

Un cartero camina
 asalariado del destino
por la calle de Mitla
 en la colonia Narvarte
con destino al buzón
de toda mano abierta y demandante.
Lleva en su gran bolsa de cuero
 los estertores de la abuelita
 la sistitis de la prima Lourdes
el pólipa canceroso
 que recita y recita las tablas de multiplicar
en el colon del padrino
 el aleteo de cigüeña
con que la modista obliga a volar al paño
hacia el vestido de novia
de la entenada.
Los abrazos y besos al calce de la epístola
 -ganados por las feroces telarañas de la rúbrica-
llevan a los lectores a conturbarse al compás
de los sueños
 que alguien tuvo
en almohadas extranjeras
 los estados de ánimo
las bellaquerías de la libido
detrás de la puerta
o la epidermis en brama que ha recorrido
miles de kilómetros.
Como cupido todo cartero es ciego.
Camina guiado por un lazarillo
de madera.
No sabe lo que trae entre manos
e ignora lo que saca del abismo de negrura
de su bolsa.
Distribuye dolores
 esperanzas
 incertidumbres
en diversas colonias
casas

cuartos
 inquietudes
 bolsas aullantes en la blusa
 hociquillos demandantes de nenúfares
 de azúcar.

Podemos llamarlo
 en ocasiones vida o buena suerte.
 En veces duda
 o tumor cartesiano en las entrañas.
 De repente sorpresa
 con un desmoronamiento
 de puntos suspensivos.
 Y hasta en algún momento muerte
 cuando nos trae un sobre
 que carga en su interior
 un último suspiro.

Amante de la sabiduría

En el momento
 en que todos los relojes puntuales
 -aquellos que saben ver a las estrellas
 y apretar el paso-
 llegan a la cita con lo simultáneo
 un filósofo
 en un cuartucho de la colonia de los Doctores
 se devana los sesos buscando
 si en una de las anfructuosidades del cerebro
 le cabe el infinito.
 Especie de doctor Fausto defeño
 con un corazón más triste que sus zapatos
 y un puño de neuronas dejadas de la mano de Dios
 saca de un anaquel
 un mamotreto en que se mezclan
 con el polvo las polillas los silogismos
 y las falacias
 viejas y enmohecidas miradas.
 Sabe que un filósofo
 es siempre más amigo
 del cuento de terror de la verdad
 que del más entrañable de los prójimos.
 Sabe que la fe
 más que asociarse

con las exclusivas del hombre:
 la neuralgia del conocimiento
 la jaqueca de las interrogaciones
 la hemicrania del dudar de todo
 tiene que ver con el aullido de los lobos
 la carne abandonada a su propia suerte
 el tiritar impúdico
 el hallar un consuelo
 en la piadosa mano
 de lo imposible.

Panadero

Figura del pasado
 que se resiste al matricidio
 de la tradición
 cruza por Tlalpan en su bicicleta
 el panadero.
 Atlas de la repostería
 carga en su cabeza una canasta enorme
 como muestrario de golosinas
 celestiales
 trae pan blanco
 bizcochos
 toda una cordillera de merengues
 y el dulcísimo pan
 del equilibrio. Su propósito
 oh Ramón es llevar a todas partes
 distribuir
 socializar
 el santo olor de la panadería.

CANTO TERCERO
RICOS, POBRES Y PAYASOS

Países en miniatura

En Jardines del Pedregal ,
 en las Lomas de Sotelo
 y en muchos otros sitios
 elegantes,
 misántropos, medrosos,
 hay calles segregadas
 por las plumas,
 con puestos aduanales,
 idiomas diferentes,
 banderas de colores extranjeros,
 himnos nacionales de barriada,
 que son países en miniatura
 que se inhiben
 se esconden
 tras un alegato inaceptable de fronteras...

Escaparate

En el primer cuadro de la ciudad
 o en Polanco
 o en la Zona Rosa
 o en cualquiera de las calles
 donde la regla de la lujosa indumentaria
 halla a veces, molesta, al lado suyo
 la excepción deshilachada del harapo,
 el aire
 -ese cardumen de libertades
 que vuela en torno nuestro-
 es detenido de pronto
 por las voces de mando de un escaparate
 de vidrio.

Se prohíbe la entrada
 -dice con toda transparencia.
 Y ese aire

como cualquier pobre
 o el paria que deambula
 por la ruta polvorienta
 de su roto calzado,
 se contenta con mirar/admirar
 las mercancías de lujo
 que entregan los dorados guiños
 de su precio.

Hombres, mujeres, niños, y un etcétera de perros,
 son retenidos ante el escaparate
 por el murmurar imperativo que producen
 pasteles, galletas, confituras y una impresionante
 nevada de merengues.
 En una palabra: la delicia volviéndose
 ratonera del hambre o la apetencia.
 Esas joyas de harina y chocolate
 hacen agua la boca,
 tornándola pecera de una lengua
 ganada por su imán, hipnotizada
 por el astuto anzuelo de una azúcar
 coqueta apetitosa endomingada.
 Frente a la transparencia vítrea
 -aleación de lo visible e invisible-,
 los espectadores no sólo ven descubren ambicionan
 los objetos codiciados,
 sino que se contemplan a sí mismos
 en el acto de ver, suspirar,
 sentir hormigueos en las ansias,
 padecer ardor en las manos vacías,
 mirar que el sueño
 se estrella, como mosca arrastrada por el aire,
 contra los cristales.
 El vidrio
 tiene contradictorias actitudes
 de frontera:
 prohíbe el paso a toda mano
 pero no tiene duda en recibir
 con las piernas abiertas de la transparencia
 al mirar penetrante.

Fiesta

En una de las mansiones de Cuajimalpa
nuevos ricos y sus amigos intelectuales
echan la casa por la ventana,
el cuerpo por los ojos,
las manos por el tacto.

Desde que los dueños traen las botellas
y empiezan a descorchar estados de ánimo
cada vez más eufóricos,
brota de cada botella un genio burbujeante
cumpliendo deseos a izquierda y derecha,
desinhibiendo al rebaño completo
hasta el nivel preciso de la oveja
que apacienta en sus lomos el color
de la boca del lobo.

Pero el entusiasmo decae
reducido a los fuegos fatuos de un espejo;
el **tedium vitae** se desprende la máscara
las risas,
trazadas a brochazos,
tratan de desatar un nudo en la garganta;
la música,
y sus rolas
("escandalosas" -dicen los viejos.
"Muy chidas" -insisten los jóvenes)
busca y no busca
su sinonimia
con el ruido.
Las bromas juegan a la gallina ciega
con las carcajadas,
hasta caer de bruces
y raspase la boca
llenándola de vocales ensangrentadas.
El reloj guarda la respiración
e interpreta unos cuantos
compases de silencio...
Hasta el viento se muerde la lengua.

La orgía se halla apenas gateando.

Droga

Las otras drogas
 -el papel liado, la inyección, la fosa nasal
 como aspiradora
 de la vía láctea en polvo-
 juegan también su rol en la fiesta
 pero se consumen un poco a escondidas
 en la privacidad del baño
 en el corro amurallado que yerguen los adictos
 en las catacumbas de la clandestinidad.

En esta fiesta
 -que se propone
 desvirginar todo escrúpulo,
 pasar en cámara lenta, a lomo de tortuga,
 una película porno
 y hacer de los cuerpos una sola
 zona erógena-
 se halla uno de los círculos del infierno
 de la comedia urbana
 donde se congregan paraísos artificiales,
 orgasmos de pacotilla
 y mota avengonzada
 de ser fresa.

Labios de la entraña

En Tepito La Guerrero Bondonjito
 mesas hay recubiertas solamente
 por el mantel deshecho y remendado
 -bordeado de agujeros que son bocas
 que son gritos-
 donde el hambre se embarnece
 de continuo, devorando,
 víctima del insomnio,
 pedazo tras pedazo de deseo.

En Juan y su mujer
 el ansia se siente inicialmente
 en la boca del estómago,
 en los labios de la entraña,
 en las premisas de cualquier silogismo,

en el desteñimiento de los glóbulos rojos
y en el hambre extravertida
de las manos vacías.
Después, en el gruñir de los huesos,
en la cúpula de manos de la plegaria,
en el odio sin cuartel,
en la muina custodia,
en el deseo de vomitar la existencia
o en el cortar cartucho
de sus mentadas de madre.

Testimonio

El hambre en los niños
es una de las pruebas más irrefutables
de que el amor no tuvo vela en el entierro
de todo lo creado.
El Señor no es un niño de la calle.
Ni siquiera un pordiosero
que carga sus entrañas crucificadas
diariamente.
En realidad por los puentes
las alcantarillas
y las partes más espesas de la niebla
niños desamparados y en harapos
se hallan arrojados al cuidado
o al descuido
de la mano de Dios.
Los pequeños las prostitutas los mendigos
los perros de la calle
nos hablan de una descompostura
en las instalaciones
de la Divina Providencia
o de que la fe
sólo es un rechinido de la angustia.

Indios

Dícese que los indios avecindados en la ciudad
 (aquellos que, aun hablando castilla, cantan lloran
 y hacen el amor en náhuatl)
 habitan en los sótanos del sollozo,
 pululan en el subsuelo de la historia,
 hablan el castellano con la pronunciación del rencor
 y no pueden desprenderse, no,
 del trauma de la conquista
 que les revuelve las entrañas...
 Dícese que están en los alrededores de la civilización,
 atrasados,
 despellejados de tiempo
 y hasta que son perezosos
 como ese harapo de antropoide
 que cuelga del ramaje.
 Dícese que han perdido la esperanza
 y llevan en el pecho
 un corazón inmóvil, olvidado,
 en la apretada jaula de la carne.
 Que son como una bestia de carga de sí mismos.
 Que el futuro,
 racista,
 nada quiere saber de su existencia.

Dícese que se dice...Pero, meditemos:
 ellos tienen al quinto sol en sus espejos,
 siembran la palabra nosotros en todas sus macetas
 y aunque dejan olvidado
 en un morral perdido
 el puñal de la venganza llorando lágrimas de polvo,
 afilan la dignidad como un machete
 que hace en el pavimento
 el reguero de estrellas que devora,
 insaciable, lo efímero.

Dícese que ..Pero cuando de pronto en Chiapas,
 se le pasó el micrófono al coraje
 o se le dio al silencio la palabra,
 ha vuelto la esperanza a los indígenas,
 la esperanza que no es sino vivir
 anticipadamente la victoria
 en la sala de espera.

Subdesarrollo

En una esquina tras otra
 ahí donde los estómagos
 levantan su aullido de coyote
 hacia un cielo de nubes comestibles,
 la marginación
 el subdesarrollo
 el organillo plañidero
 de la economía informal,
 levantan la pata
 miran en torno suyo
 con la mirada más triste del planeta
 y se orinan en cada poste
 de semáforo.

Infección

No hay nada peor que el que una enfermedad
 (inoculada por el medio ambiente)
 se agrave con
 o se infecte de
 la falta de dinero...

Que una gastritis por ejemplo se halle complicada
 con la úlcera insolente de una deuda,
 que a una jaqueca se añadan
 los negros aleteos asfixiantes
 del salario mínimo,
 que a la anemia,
 y el funeral de músculos que implica,
 se le asocie,
 después del rompimiento
 de la alcancía de oxígeno empuñado,
 una mano vacía.

Nada peor,
 para el que sufra
 la enfermedad contagiosa
 de los espectros,
 que sufrir la hemorragia
 de la bolsa agujereada.

Espectáculo

En San Cosme hay un joven
 vestido de payaso
 o chupacabras
 o alebrije
 para hacer que en las esquinas
 donde un semáforo controla
 el paso de automóviles peatones
 perros ambulantes y ráfagas de viento
 los automovilistas y sus acompañantes
 tengan espectáculos efímeros
 circo a cuentagotas
 mimos evadidos del cine mudo
 óperas minuto
 teatro preparado para un abrir
 y cerrar de ojos.
 Hay malabaristas que
 hacen girar en las manos
 cinco seis siete pelotas
 un completo sistema sideral
 donde ningún planeta
 se sale de órbita
 para dar en el caos.
 Unos infantes
 a trapazo limpio
 desempolvan el parabrisas
 las pupilas el itinerario
 la basurita que hay en los propósitos
 de los choferes.
 Los que van al volante
 a cambio del servicio
 largan a los chiquillos unos pesos:
 los dos o tres que siempre se pueden encontrar
 si se rascan y rascan las bolsas
 o los portamonedas escondidos
 de la lástima.
 Otros se niegan
 y lo indican refunfuñando
 con un dedo que como los parabrisas
 se desgañita,
 con su movimiento pendular,
 distribuyendo su negativa
 a izquierda y a derecha.

Discapitado

Ese hombre
 -como un yerro que dos muletas
 intentan corregir-
 tiende la mano pordiosera
 hacia la ventanilla
 cuyo cristal es subido abruptamente
 por uno de los pasajeros
 que le cierra el paso al frío
 que pretendió subir al automóvil.

En una esquina

Un dragón,
 tomando buches de gasolina ,
 le abre una rendija al infierno,
 dice salamandras
 y abate a fogonazos la paz de la tarde.

No se trata de algún piromaniaco depresivo
 que intenta inmolarsse
 luminosamente,
 sino de alguien que vende
 junto al semáforo
 la imagen de que son inflamables
 sus pulmones.

Animal sin pestañas
 reptil con aullidos incandescentes
 bestia que padece
 de náusea tal
 que no puede aliviarse
 ni con el vómito espectacular de sus encendidas entrañas

Tras de realizar su trabajo,
 el dragón,
 con suspiros ahora sólo de humo,
 acerca ingenuamente
 la alcancía pordiosera de su mano

al silencio militante
de la indiferencia.

Transeúntes

*Así como un helicóptero
con aficiones astrológicas
vigila la circulación de automóviles
desde las estrellas,
la poesía
en la comedia urbana
se halla atenta
a la vialidad espiritual
de los transeúntes.
Algunos van por la calzada real del optimismo,
sin pisar en el pavimento
deliberadamente
ninguna de las rayas del mal agüero
muchos por la calle de la amargura
con un corazón que da alaridos
como mosca con las patas apresadas
por la miel absorbente,
otros por la avenida de su propia prisa
clavándole al espacio las espuelas
del tiempo
y todos sin pensar que se dirigen
al callejón sin salida
de su lecho mortuorio.*

Enamoramiento

Cuando un hombre se enamora
en la ciudad de México
sigue de común esta secuencia:
mezcal con su salecita,
Garibaldi,
ilusiones de un sí en la mano pordiosera
y guitarras, con aliento alcohólico,
tosiendo y carraspeando arpegios

que acompañan los alaridos
 de un semen subterráneo que hace oír
 desde su recóndita mazmorra de carne,
 sus ansias de fuga.
 Y todo hasta que el cántico del gallo
 le presta sus alas a la noche.

Mujeres en Coyoacán

Las más hermosas mujeres de la ciudad
 viven en Coyoacán,
 como si tras de germinar en sus casas
 y florecer en los Viveros,
 se llevaran a pasear
 su canasta sin par de redondeces.
 Por la calle Tres cruces,
 en dirección a Miguel Angel de Quevedo,
 camina en este instante
 la morena que tiene de su lado a los dioses,
 las musas
 y los cromosomas.

Amores, amoríos y desamores

El norte de la ciudad
 allá por Lindavista
 es sitio de amores eternos.

También de amoríos
 o si se prefiere
 de amores en amasiato con la muerte.
 Ahí la ráfaga de dardos del perverso niño
 hace del corazón la síntesis
 de todas las zonas erógenas del cuerpo.

Ahí quien recorre las callejuelas nocturnas
 no es la Llorona
 (que pasa arrastrando una estruendosa
 hilera de cunas vacías),

sino la Lujuria que
 atraviesa las calles
 gritando encolerizada
 contra el adormecimiento de las manos
 tocando las aldabas del pudor,
 llamando con sus dedos en los cristales
 al exhibicionismo,
 metiéndose por las rendijas de las pantaletas.
 Ahí el muchacho
 (aquel de los números telefónicos de lo inaccesible
 apuntados
 en la palma de la mano),
 da de pies a boca,
 o de deseo a consentimiento,
 con la fragilidad de lo imposible
 o el amor de su vida
 y de su muerte.
 Ahí los seductores
 roban corazones de reajo
 o guiñando promesas
 desenjaulan sus aves de rapiña
 que saltan a la piel de los incautos.

Ahí el romántico de siempre
 que tiene el traje raído,
 rotos los zapatos
 y el corazón agujereado,
 deshoja margaritas
 frente al cosmos.

Ahí vive
 aquel que
 después de pasarse toda una noche
 hablando con sus dedos,
 roba en un jardín una rosa,
 descuidado
 de que desde entonces se escuchen en el rosal
 los cánticos guerreros de las espinas.

Ahí hay amores de un día
 de una hora
 o del abrir y cerrar de ojos
 de un orgasmo.

El norte de la ciudad
 allá por Lindavista

es sitio de amores eternos
y también,
como nos lo hacen ver las neuronas
del corazón,
el mayor yacimiento de suspiros
de la ciudad entera.

CANTO CUARTO
RAZONES DE LOS PUÑOS

Voces de la tierra

Los llamados
 (a no andarse de pastor allá en las nubes,
 a buscarle un ancla a la zozobra
 o a irse con pies de plomo
 en los verbos transitivos),
 justos son sin duda
 para quienes,
 carteándose mariposas
 con la fantasía,
 olvidan que la línea vertical
 se hace con los amores
 de los pies y la tierra.

Mas qué vale este consejo
 cuando la tierra firme, que pretende
 convencer a los pies
 de echar raíces,
 es un suelo arisco,
 no confiable,
 que de vez en cuando se arrepiente de su docilidad
 y empieza a dar respingos,
 deja salir del fondo de su entraña
 manotazos de tierra movediza,
 afanes destructivos
 o vestiglos enamorados del desorden.
 Así ocurre con el sitio
 en que se halla asentada esta ciudad.
 Es un lugar de estados de ánimo
 impredecibles,
 frívolos,
 pendencieros,
 que pasa de una estabilidad granítica
 (donde no nos amenaza ni el puño de una piedra)
 al chapotear veleidoso del vaivén
 que crece hasta tornarse
 el furor subterráneo, que camina
 a un ritmo de epidemia,
 de terremoto que sólo se apacigua

con el número de derrumbes
muertes desaparecidos
blasfemias
que forman su circuito
de reclamos.

Se diría que el centro de la tierra,
retumbando,
pretende asomarse,
a trompicones,
a la superficie
donde se hallan los hombres
jugando solitarios con el tiempo.
Se diría que lo hace u oscilando
como un péndulo enterrado vivo
o trepidando
como si la energía tectónica
jugara trágicamente a mantear
muros, muebles,
niños recién nacidos,
veladoras de la guarda
o la misma ley
de gravedad...
Finalmente es la devastación,
la muerte a manos llenas,
la amenaza de no dejar
piedra sobre piedra,
alma sobre cuerpo,
fe sobre milagro.
Se diría que la tierra
cansada de encontrarse a nuestras plantas
se remueve en urgencias
de hacerse sepultura.

Solidaridad

Antes del sismo en esta ciudad
cada quien vivía en la mansión,
el departamento
o la pocilga
de su individualidad.
Cada quien rezaba para su santo
su demonio o su nada.

Pero después del sismo,
 cuando las ruinas
 o la conspiración de los añicos
 se adueñaron de Tlatelolco,
 la colonia Roma,
 la Hipódromo
 y tantas partes del centro histórico,
 cuando las casas derruidas
 se convirtieron en lápidas,
 ratoneras,
 rompecabezas inarmables
 o prisiones de un sinnúmero de atrapados
 por el cielo asfixiante que se les vino encima,
 la palabra **nosotros**
 saltó del diccionario,
 de las manos que se besan al hallarse,
 de las miradas que intercambian ojos
 y de todos los libros de poesía,
 para grabarse en la página en blanco de la frente
 de multitud de jóvenes,
 muchachas,
 hombres, viejos,
 que, aceleradamente
 (con no sé qué topos espirituales
 deslizándose entre los escombros anímicos de su cabeza
 para librar sus instintos solidarios),
 supieron qué hacer,
 a dónde dirigirse y en qué gruta de muebles
 trozos de pared, paraguas, cafeteras y fierros derrumbados
 sepultarse a la busca del grito
 el murmullo o ya el silencio.

Solipsismo

No sólo los últimos restos
 sonoros
 de la mujer devanecida,
 se evaporaron del teléfono
 víctimas de mi sordera militante,
 también el sismo
 de 7.6 grados en la Escala de Richter
 que sacó de sus casillas
 a los habitantes de la comedia urbana

tuvo su epicentro
en mi angustia.

Genocidio

Las tres culturas.
La plaza.
Un charco de sangre
hereditario.
Y el recuerdo:
jóvenes conscientes de sus puños
olvidados de sus piernas
y desdeñosos de tener las rodillas
entre sus haberes.

Malestares

En todos los rincones de la urbe
afloran descontentos,
 como hongos que envenenan
valemadrismos
y abstenciones.
En todas las barriadas
hay puños que encierran
el secreto dicho a voces
de un rechinar de furia
o un odio reprimido hasta ser piedra
que sueña con las alas iracundas
de la honda
o el salto de pantera
de la mentada de madre.

Por eso si hay un flujo
incesante de vehículos
que barajan torpemente los semáforos
o el policía de tránsito
 que tiene entre las manos un silbato
que produce parálisis...
también hay un tráfago de marchas

ruidosas
 con un ritmo de viento encabronado
 con rimas militantes
 con clamores
 que cortan cartucho
 o que discurren calladas
 reclutando al mismísimo silencio
 a la muina callejera...

Nuevas armas

Marchas mítines huelgas.
 Hombres y mujeres
 que no saben qué hacer para que se oiga
 su protesta.
 Corren brincan.
 Cargan en sus palabras letras desgañitadas.
 Gritan hasta el desuello de su lengua.
 Llegan a desnudarse y se ponen a erguir
 sus calzones al aire
 como instrumentos de guerra.
 Pero qué necesidad hay de desnudarse
 si cada concentración contra el gobierno
 es un mitin de testículos
 y ovarios.

El paro

Aunque no deje de haber ecologistas
 que miran con deleite las huelgas
 los brazos caídos
 las manos recogidas
 en las sábanas arrugadas del ocio
 (porque la bandera rojo y negra
 le corta las alas al buitro del humo
 que, contaminando el aire,
 gusta de revolar
 sobre grandes litorales de carroña),
 los trabajadores buscan, con el paro,

cómo salir del laberinto de pobreza
 que los coloca a un frasco de tinta invisible
 de devenir fantasmas.
 Cómo no divisar en las ojeras de la madre embarazada
 las ojeras del hijo
 porvenir.
 El hambre viaja en metro.
 Se baja en cualquier punto,
 camina,
 se cae,
 se levanta
 e introduce sus manos en un basurero
 a la búsqueda obsesiva de algún rayo
 perdido de la luna.

Rebeldías

La cólera presenta su examen de admisión.
 Entra a la escuela.
 Le bebe las palabras a la lengua,
 los labios,
 los ademanes,
 los silencios que les sirven de guarida a las verdades
 y a ese polvillo de gis
 que se trae entre manos la sapiencia,
 y va obteniendo
 año con año
 las mejores notas
 como adiestrado flechador del cielo.
 Se distingue entre todos.
 Le pisa los talones a la sabiduría.
 Hace su tesis sobre
 “El papel de los puños y las manos
 en el flujo y el reflujo de la historia”.

Cada estudiante tiene un agravio personal ,
 un odio a bayoneta calada,
 una herida encolerizada
 que no se pone a dejar de ser
 o a coagular
 o a olvidarse de sus puños,
 contra los de lo alto
 la torre de rectoría

los burócratas del cielo.
 Cada uno lleva en su mochila o su morral
 un rencor un diplomado de furia
 un deseo radical de cambio:
 no un cambio de miradas sino de ojos
 un cambio no de plumas sino de alas
 no un cambio de palabras
 sino del arpa de las cuerdas vocales.
 No quieren que haya una asignatura
 de gatopardismo.
 No aspiran a ser maestro eméritos
 en hipocresía. Por eso salen a las calles
 a las plazas a sus encolerizamientos
 a los Hemiciclos de la protesta
 o a los zócalos donde
 por desgracia se suceden
 rutinarias llamaradas de petate.
 Sueñan con otra cosa.
 Otro mundo. Otra urbe.
 No quieren ya no,
 la libertad en otra pecera.
 Se imaginan una ciudad
 donde sólo las piedras y los charcos
 carezcan de techo.
 Una ciudad en que sólo haya
 no niños, sino vientos de la calle...

Graffiti

Si se viaja por la ciudad
 no es posible dejar de advertir
 kilómetros de graffiti.
 Los muros las paredes
 los troncos de los árboles
 y hasta el cuerpo de Lupe
 y el torso de Macario
 están llenos de los jeroglíficos
 de la contracultura
 de un griterío de líneas
 del rumor de **los olvidados**
 de la irrupción pictográfica
 de otro mundo.
 Una verdadera muchedumbre

de pintores anónimos,
 confusos a veces,
 desorientados,
 que salpican con su sangre en español
 y palabras en inglés
 paredes y paredes,
 pinta, con unas manos
 al servicio de la entraña,
 garabatos de la perfección
 belleza evaporada en los altares
 de lo efímero.
 Mírense con cuidado: trazan una feroz
 línea divisoria
 con los mayores
 los rucos
 la momiza
 los decentes y los poderosos
 que quieren una ciudad limpia
 con paredes en blanco
 embalsamadas en la mediocridad
 cotidiana.
 Y no que se llene,
 como se hace,
 con los murales injuriosos y blasfemos
 o con los...
 démosles nombre:
 tatuajes de la rebeldía caligramas de la pasión
 jeroglíficos de una permanente
 declaración de guerra.

Refrescos

También abajo en las paredes
 juegan a las vencidas
 marcas adversarias de refrescos
 o bebidas que responden
 a la sed que nos nace
 con diversidad de colores.

Humo

El humo de los cigarrillos
 que se ofrecen
 con un paquete completo de tabaco,
 nicotina, cáncer,
 salta, con su intruso don de ubicuidad
 a violar la propiedad privada
 de nuestras fosas nasales.

Otra lucha

Los partidos políticos
 -como los jabones quirománticos-
 como los chicles
 -que enseñan el arte de rumiar-
 como los desodorantes
 -que corrigen la teoría de la evolución
 en las axilas de los humanos-
 como los libros
 -que convierten en hojeables
 las neuronas-
 como las telas
 los yates
 los corpiños
 las herramientas
 los pasteles
 las dignidades
 las prostitutas
 también salen a pregonar su mercancía
 y a jugar con la oferta y la demanda
 al gato y al ratón.
 No pocas paredes
 programas de radio
 aburridos anuncios de televisión
 nos dicen que el azul
 el amarillo
 o el verde blanco y rojo
 son los mejores colores
 del espectro
 verdaderas gangas
 oportunidades
 baratas como ninguna

con precios reprimidos
 disminuidos
 y hasta inmolados en el altar de lo gratuito.

Mercado

No hay nadie en la ciudad
 que se escape
 del grito prostituto
 del comercio universal
 en que vivimos.
 Toda urbe es un mercado
 un perpetuo acto de compra-venta
 un aletear de precios.
 Hasta si nos descuidamos
 existe el peligro de que haya una subasta
 de metáforas.

La dignidad

I

Hay anuncios
 frases letras
 garabatos de alta tensión
 pinturas clandestinas
 cajitas de música con mentadas de madre
 que no tienen que no quieren tener
 nada que ver con el toma y daca
 enajenado de los mercaderes.
 Son los jeroglíficos de la dignidad.

Ni hay tampoco
 a lo largo y a lo ancho del cuerpo
 de muchas mujeres
 y de muchos hombres
 -y de tantos y tantos muchachos y muchachas
 que cabalgan el alazán aguerrido de su corazón-
 un solo sitio
 -bajo la planta del pie

en la axila,
atrás de la oreja-
donde se esconda un precio.
Hay almas que no sienten
excitaciones de oferta
ante las insinuaciones de la demanda.
Almas orgullosas inaccesibles
que acaban por hacer que el oro
brille por su indigencia...

II

Hay misivas amorosas
graffiti
hechos para novia y ciudad
que carecen de precio.
Hay letreros imborrables en los muros
en que se baja a Dios
para que lo alcancen las blasfemias
o en que se llama a gritos
al EZLN escondido en la jungla del silencio.
Los sueños la poesía los ideales
no pueden ser pescados por las redes seductoras
del sistema
son sordos a los cantos con que las sirenas
pregonan los encantos femeninos
de su cuerpo
o a la voz prostituta de la oferta
que se acerca a cachondear a la demanda.

CANTO QUINTO
LA POLIS

Polis

No es Calcuta
 ni Londres
 ni Detroit.
 No es Buenos Aires
 ni Tokio
 ni Moscú.
 Es la capital del hormiguero.
 Corazón del nosotros.

Pero ese barrio de Tepito
 ése
 donde un niño de la calle
 -y su sombra que es un perro-
 busca la ternura de un rincón
 para recogerse en el regazo de su droga,
 se halla,
 el mismito,
 al sureste de Calcuta.

Esa mujer que busca por Anzures
 un sitio clandestino
 oculto a las espaldas de los ojos oficiales
 donde la ayuden a impedir
 que emerja de sus piernas un bebé,
 donde parpadee de pronto la mirada
 de su violador,
 se puede localizar
 claro
 al norte
 o tal vez al noroeste
 de Buenos Aires.

Esa mujer estéril
 que pasa
 con un adagio enredado en los pies
 por Tlatelolco
 cantándole canciones de cuna
 a sus pezones,
 atraviesa una calle

pero claro que sí
de Detroit.

Ese asalto a mano armada
que tiene lugar a las once treinta de la noche
en san Bartolo
-y que más que un fajo de billetes
le arranca una talega de años
al cardiaco-,
ocurre en alguno de los puntos cardinales
de la neblina londinense.

Esa calle de Moneda
donde la mujer suicida
toma un puñado de tranquilizantes
para ahorcar a su pulso,
amordazar a su instinto de conservación
y arrojar al abismo en que pululan
las larvas del olvido,
se halla también en Moscú
a orillitas del Neva.

Esa Plaza de Popocatepetl
donde un hombre
fue presa de la duda
quedó descobijado de miradas
y trató inútilmente de encontrar su derrotero
con el torpe lazarillo de su tacto,
está asimismo en algún rumbo
de la capital japonesa.

Pero también
ese poeta que escribe en Amsterdam
Perú
Johannesburgo
Oslo
Sidney
como asesino en serie de silencios
o que pretende hallarle el sentido de la vida
en algún inesperado encuentro de palabras,
también se halla aquí
en México
sentado en esta silla
escribiendo en esta mesa
este poema.

Nombre de calles

Una manera de vencer a la muerte
 -¿vencerla? Mejor: de escamotearle
 alguno de sus juguetes de polvo-
 es conseguir que nuestro apelativo
 -masticando pedacitos de eternidad-
 se convierta en el nombre de una calle
 y entonces ya letrero en cada esquina
 se haga oídos sordos
 al tronido de dedos de la Parca.

Y ahora sí: Guillermo Prieto Serapio Rendón
 José Joaquín Pesado Adolfo Prieto
 Alfonso Herrera o Andrés Henestrosa...
 tienen un pasaporte al infinito
 entre los dedos.

Es cierto que si alguien vive en **Sigüenza y Góngora**
 quizás nunca lea la **Libra Astronómica**
 y se entere de sus embates
 contra la astrología
 y su imaginar que los astros
 hacen llover millares de camisas de fuerza
 para el libre albedrío.

Es cierto que si vive en **Alfonso Reyes**
 tal vez nunca tire sus ojos
 como caña de pescar
 a las hojas de **El deslinde**
 hasta saber por ejemplo que el canto del ruiseñor
 debe ser separado de otras voces
 murmurios y hasta silbos y alegatos de gorjeo
 en y por la jaula de oro
 de un esmerado modo de decirle a las cosas
 sus fronteras.

Es cierto que si habita en **Dr. Atl**
 puede ser que nunca lleve a pasear sus ojos
 a las pinturas de Gerardo Murillo
 al tema de volcán y variaciones
 a la biografía de un monte
 desde que era un montículo adornado

por un ricito de humo
 (o a lo mejor de incienso) que brotaba
 como de una colilla que dejase
 un dios abandonada en la planicie
 hasta ser esa fuga de gas
 que lleva a la iracundia subterránea
 a sacar el infierno a la intemperie.

Es cierto que si habita en **Parménides**
 o en **Heráclito**
 es posible que jamás se interne en el **Poema** del primero
 o se entregue totalmente
 a los **Fragmentos** del segundo
 ni mucho menos que llegue a conocer
 la “neuronería” que corre:
 “Más vale Heráclito en mano que Parménides volando”
 escrita de puño y letra por uno de los portaliras
 de esta urbe.

Smog

Cada vez gana más centímetros
 su ansia de abarcar toda la urbe,
 como si se expandiera a propulsión a chorro,
 a cáncer o a epidemia.
 Se diría que es un aguacero de infortunios
 o un diluvio de destinos agusanados
 que nos arroja el cielo.
 Dirige a los pulmones
 -que padecen lentísimos holocaustos-
 palabras aterradoras,
 amenazantes,
 lapidarias,
 donde cada uno puede leer si lo intenta
 su epitafio.

Representantes

Supongamos que los cuerpos
 eligieran democráticamente a sus neuronas.
 Que las galaxias del pensamiento

salieran de las urnas.
 Que el infinito le ganara electoralmente
 sin defraudaciones
 a lo limitado.
 Si así fuera no obstante el cielo
 debería defender los intereses
 a corto mediano y largo plazo
 del organismo. Pero...
 Pero el cerebro
 (o más bien las tres carabelas
 que surcan sus océanos)
 se independiza
 piensa por
 decide en vez de
 y a veces actúa en efecto contra...

Algo semejante ocurre en San Lázaro
 en Donceles y en todos los lugares
 donde la batuta del poder
 traza sus despóticos jeroglíficos
 en el aire.
 Allí se hallan
 los representantes del electorado
 con la tradicional amnesia
 de su origen:
 subidos al ladrillo del mareo.
 En el púlpito civil de la tribuna
 -con un micrófono estentóreo y desgañitado
 y con manos que subrayan y ponen en cursiva
 los discursos-
 se alternan la mentira
 el cinismo
 y quienes se hallan orgullosos de cargar
 la camiseta de un fanatismo
 o la bandería de un ideal
 maloliente
 como un águila que vuela por un cielo
 putrefacto.

Angeles guerrilleros

En la ciudad hay también grupúsculos
 de encabronamientos,

partidarios
 de la línea armada.
 Purísimos.
 Capaces de inaugurar el cielo a fuerza de aleteos.
 De imaginárselo.
 De hacer que empiece a germinar en sus manos
 o traerlo a tierra con un hilo
 como si fuera un papalote.
 Tienen sus catamcumbas
 amuebladas de ideales
 deseos
 y quimeras.

Dios santo nada logran cambiar
 ni siquiera llevarse en sus zarpazos
 el menor diminutivo
 nada
 como no sea sus estados de ánimo
 yendo de la furia
 a la desesperación.
 Y desde la desesperación
 al escepticismo.
 Se diría que sus puños
 padecen un delirio de grandeza
 agusanado...

Poder y antipoder

Al mismo tiempo que el poder
 se pinta de azul,
 de amarillo,
 o del verde, blanco y rojo
 de la paleta trigarante,
 hay individuos encolerizados
 que cargan todo un comando terrorista en el pecho.
 Hay cólera infinita
 subterránea
 vecina del lugar donde se gestan
 los terremotos.
 Hay rechinar de dientes clandestino.
 Hay proyectos diferentes de ciudad
 país
 sueños

amores de nunca acabar
 huecos en el estómago
 que aúllan a la cara oculta de la luna.
 En diversas colonias
 -Lindavista, Alamos, Hipódromo,
 San Juan Aragón, Iztapalapa-
 hay catacumbas
 escondrijos
 donde nacen
 se fanatizan y mueren
 los más variados castillos de arena.
 Pero la pregunta obligada
 es si puede destruir la maquinaria instintiva del colmenar
 un suspiro que nazca en una sola
 de sus abejas.

Policías

Las policías recorren la urbe
 como los anticuerpos el organismo animal.
 Saltan sobre todo microorganismo sospechoso.
 Esposan a los virus y bacterias
 y desactivan el caos
 que se traen entre manos
 los elementos patógenos.
 Las policías están ahí -insístese-
 para evitar que los malhechores
 entonen canciones amargas
 en el panal.
 Pero ¿por qué se les teme y se les aprecia
 al mismo tiempo?
 ¿Por qué cuando hay un robo
 un asalto un atropello
 y, escondido en su madriguera
 y a punto de saltar,
 un peligro,
 se quiere acudir a ellos
 pedirles su protección
 su ayuda
 su defensa contra los zarpazos del desorden?
 Pero ¿por qué de pronto
 dudamos en hacerlo
 nos detenemos a media intención

nos arrepentimos de gritarles
 y nos quedamos sólo con un silencio exaltado
 entre los dientes?
 La verdad es que muchos de ellos
 están en complicidad
 con las aguas negras de la ciudad.
 La policía es así
 uno de los muchos problemas que padece un hormiguero.
 Cuando en un oscuro del bosque
 sufrimos un asalto a mano armada
 y a corazón cobarde,
 cuando damos de pies a boca
 con una sombra delincuente
 que blande en un puñal nuestro sepelio
 no sabemos si es un ladrón
 o un policía
 el que nos amenaza
 con ese gruñir que condensa una jauría
 de colmillos.

Pantalla chica

Como el tiempo y el espacio,
 y también el smog,
 la TV entra como Pedro por su casa
 en cualquier casa,
 es la llave maestra
 para forzar la puerta de la privacidad.
 Tiene derecho de picaporte
 para toda intimidad.
 Es el intruso nuestro de cada día.

Cuando una familia llega a casa,
 a vivienda,
 a cuchitril,
 lo primero que hace es encender
 la televisión
 para revelar en el cuarto oscuro de la sala
 el turbulento río de imágenes
 de la pantalla chica
 -con su pequeñez encajonada
 al tamaño del retraso mental-
 donde no deja de haber un disparo en ráfaga

de anuncios,
 con el fin de atornillarlos
 en las sienas del descuido.
 Y para recibir,
 con la credulidad de un alma desorbitada en las pupilas,
 y la bandera de las barras y las estrellas
 como telón de fondo,
 las mentiras al mayoreo,
 los maullidos de la desinformación
 -que nos dan gato por estupendas carreras
 a la libertad-,
 la tinta invisible de los mensajes
 subliminales,
 la pastura de la manipulación
 para el hato de borregos y borregas,
 del águila envenenada
 por comer carne descompuesta
 de serpiente...

Propaganda electoral

La propaganda electoral
 hace que la ciudad se ponga con alfileres
 su vestido dominguero
 como cuando se le da a un pastel
 sus últimos retoques de crema.
 Los partidos políticos se paran en las esquinas
 insinúan sus partes pudendas
 y muestran en sus guiños la putilla del ojo...
 Parecen días de jolgorio
 días carnavalescos
 en que gana por de pronto las elecciones
 la basura.

Alquimia y algo más

Algunos creen a fuer de demócratas
 que la urna electoral
 es el huevo de pascua
 de donde ha de nacer y aletear su plumaje tricolor

el ave del paraíso.

No advierten
 que es más bien
 la caja de Pandora
 del fraude,
 de los asaltos a mano armada
 a la verdad
 o uno de los recintos
 -junto con la hechicería electrónica-
 donde los alquimistas
 dueños de alguna de esas viejas piedras
 amantes de la sabiduría
 convierten el carbón de las cifras enclenques
 en el oro de los dígitos triunfantes.
 O hacen de la nariz del caballo de dudosos vigores
 la escultura de la meta.

Pero eso no es lo peor
 no es el punto más negro en la boca del lobo:
 la manipulación
 que pone polvillo de oro en la voz
 de la mercadotecnia
 (cuando el vocablo mercancía
 es el equivalente general
 de las palabras todas)
 se muestra como las subliminales
 señales de tránsito.

El sortilegio mediático
 es como una cadena productiva
 -o acaso un taller de restauraciones-
 donde la mayor parte de los candidatos
 entran con mirada torva
 -como si siempre buscaran un revuelo de murciélagos-
 y salen con las pestañas doradas,
 entran como simios
 -sin poder ocultar el pelambre de sus argumentos-
 y salen como superhombres,
 entran como ególatras
 -con los ojos al revés-
 y salen con un afán de servicio
 que se inscribe en sus rostros
 en cursivas.

Los mensajes de la radio

el cine la TV
 hacen que los individuos
 carne de manipulación
 sean el barro de la docilidad
 en manos de los dedos escultores,
 las cometas que van
 hacia donde les sople el viento,
 la lanar obediencia
 del rebaño.

Prostitución aérea

Apenas dan los relojes
 el tic tac de mando
 para que el sol deje la escena
 y una apretada malla de párpados cerrados
 amenace con duplicar la noche,
 comienza la batalla
 de los anuncios luminosos,
 de los **espectaculares**,
 de la prostitución aérea.

Es una guerra de todos contra todos
 por el premio gordo
 de la supervivencia del más apto.
 La mejor esquina
 el cartel más grande
 el mensaje subliminal
 que se mete por las rendijas
 del descuido
 la ciencia y el arte del engaño
 los diplomados en maquillar lo cierto
 todo interviene en este manicomio
 convertido en campo de batalla.
 Cada anuncio pretende
 seducir distracciones
 tomar desprevenido un parpadeo
 echarse al bolsillo hombres
 mujeres y niños
 hipnotizados por una publicidad
 que lanza desde su altura,
 a los automóviles y transeúntes
 su epidemia

de virus luminosos
de luciérnagas corruptas.

Delincuencia

Seis individuos
en los aledaños de la ciudad
divisan a su presa
se les hacen agua los testículos
la acosan
la acorralan
le arrancan la falda y el corpiño
y la someten a la acción infamante
del unicornio.

La policía de nuevo

Si la policía no es cómplice
de ese no por pequeño insignificante
trastorno cósmico de la violencia

si no forma parte de la misma caterva
de buitres
como lo dicen las excepciones
cuando se hallan a punto derrotista
de ser regla

puede llegar a hacer investigaciones
olfatear conjeturas
desenfundar promesas
y dizque dar con el escondite
de la esperanza. Dizque.

Puede venir.

Aunque ni su intervención
ni sus intenciones
ni su uniforme recién planchado
le hablarán nunca a la herida
como lo hace la voz serena
consoladora
de la cicatriz.

Al salir de la iglesia

A la salida de la iglesia
de San Jacinto
unos novios
con mutuo consentimiento
se refugian en la sombra de un árbol
-donde acuden los besos a madurar-
con el afán sublime de acariciarse las caricias.

Galimatías

Los poderosos hablan por las fauces
no sólo de los revólveres de la policía
y de la metralleta de epitafios del ejército
sino por la boca del abogado
y el caligrama aéreo de su galimatías
jurídico.
Dicen guardar el orden
proteger el país
o montar guardia sobre las ruedecillas
del cronómetro.
Lo dicen con palabras laberínticas
que viven de comerse sus salidas,
y enmieladas
que buscan adherirse fuertemente a los oídos
con sus patas de azúcar.
Quieren que les creamos
y aspiremos un rato la nube de incienso
de su artilugio.
Pero miremos bien: al apresado
se le toma por el cinturón
detrás de la cintura
se le arrastra
se le golpea con hilachos de espacio
se le llena de astillas la dignidad
y se le tortura con la delicadeza necesaria
para que las contusiones
finjan inexistencia

y los moretones se oculten
 tras el brochazo delgado de pintura blanca
 que surge con el tiempo
 o el culebreo con que la cicatriz
 pretende rehuir de su pasado.

Cuidado del orden

Instrumentos de metal donde se guarda
 pero también se ostenta la amenaza,
 utensilios para el trabajo sucio del poder,
 las armas de fuego
 vigilan que ningún pronombre posesivo
 sufra un atraco.
 Cuidan el orden
 el poner los puntos
 con un riguroso per capita
 en las íes
 para que ordenadamente
 la explotación y la corrupción
 se realicen como Dios manda
 sin interrupciones ni averías
 con la mismísima perfección
 empuñando la batuta.

El de arriba

El señor de los Pinos
 les da de comer en sus manos
 migajas a los cuervos,
 se dedica de tiempo completo
 a planchar la banda presidencial
 que si cesar se le arruga,
 y se hace el que la virgen le habla
 cuando los buitres gorjean.

Los demás
 los gobernados
 esperan que el sol los caliente,

ansían que algún día lloverá
 el maná de sus ansias
 desde el cielo
 miran cómo el papa viene a México
 para canonizar su impresionante
 y mexicanísimo creer en lo que sea
 y ruegan a Dios que un día sintonice
 la estación de los humanos.

Desnudos

De nueva cuenta
 hoy hay hombres desnudos en el zócalo.
 Ya no hay huelgas de brazos caídos sino de ropa
 venida a menos
 de vergüenzas que rechazan
 vivir de rodillas.
 Hay una deshojazón de hojas de parra.
 Las mujeres van con la matriz en alto
 y los testículos nos muestran
 su carácter de metáforas intercambiables
 con los puños.

Asaltantes

Hoy los asaltantes
 que se esconden en las esquinas
 de todo punto cardinal,
 que le apuntan a las sienes de cualquier zapato,
 que se preparan,
 adoctrinan
 en cualquier cárcel
 de alta inseguridad,
 que, con el puñal en un cuello
 con una pistola en la espalda
 o con una navaja que coloca
 su afilada amenaza contra el pecho,
 hace que toda la urbe
 viva amedrentada
 poniéndole veladoras a la valentía

o al valemadrismo.
Los secuestradores
los violadores
los robachicos
los asaltantes
son las aguas negras que salen a borbotones
a veces
a la superficie.

CANTO SEXTO

ARTISTAS

Música

Por toda la urbe,
estudiantes de algún instrumento musical
van y vienen sin descanso en sus ejercicios,
sujetos a la noria de la obsesión,
afinando sin cesar la parte más artística de su alma,
sin oírse unos a otros
-la distancia les pone algodón a los oídos
o les introduce la cera punitiva de la Torre de Babel.

Le enseñan música
a sus pulmones,
a sus manos,
a la tuba, al oboe,
o a su propio tarareo.
Cargan la flor de un ornamento barroco
en el ojal del traje.
Sabían de Palestrina Buxtehude y del maestro
Ponce.
También de Agustín Lara y Tata Nacho.
Hablan de Pedro Infante y Pérez Prado.
Del danzón que construye divinas geometrías
encima de un ladrillo.

Al llegar a su cama a conciliar el sueño,
se ponen a respirar bajo la vigilancia
del metrónomo.
Y nada tiene de insólito
que al escribir sus cartas amorosas
lo hagan en papel pautado.

Pianista

Un pianista sube con los dedos hasta el cielo
 o emprende el virtuosismo
 de la viceversa
 -con el fondo del tránsito vehicular
 como bajo continuo-
 echando mano
 ojo
 espíritu
 a las turbulentas escalas
 que forman el oleaje que empuja,
 viento en alma a toda vela,
 el barco ebrio
 hacia la catedral sumergida.

Organista

El viejo músico, en la Catedral,
 retiene la respiración
 durante varios compases
 (para no caer en la impiedad
 de la menor distracción)
 y haciendo un contrapunto de neuronas
 y palpitaciones,
 interpreta con perfección tanta
 la cadencia de aullidos
 de la crucifixión
 que se le llena el teclado
 con gotas de sangre.
 A renglón seguido
 introduce entre el estruendo de los pedales
 el silencio de Dios.

Cellista

Un estudioso del violoncello
 nos hace oír acordes
 arpeggios
 modulaciones
 y sensacionales silencios
 que estructuran la partita para alma sola
 de Juan Sebastián.

Homenaje

Diversas son las maneras
de dar las gracias
a quien nos ofrece
un puñado de felicidad
con su redada de notas musicales.
Podemos enviarle por carta nuestras manos
nuestros ojos cuando amanece
o varios pliegos de caricias.
O quizás sea mejor regalarle una calavera de azúcar
 bautizada con su nombre en la frente
para hacerle menos amarga la idea
de transitar a la nada.
U obsequierle una canasta de pan dulce
para darle la oportunidad
de mojar trocitos de paraíso
en el tazón de chocolate.

Y a propósito. Un pueblo distinto
en diverso continente
en un país lejano
en una ciudad exótica
(que fue en su remoto pasado
una suerte de Venecia de **chinampas**)
decidió darle las gracias al sordo de Bonn
levantándole una estatua en la Alameda de esta urbe.
Bien se lo merecía el que,
enemigo mortal de su sordera,
enseñó a millones de oídos a no quedarse
en el nivel elemental de los juguetes
de ruido.

Quinteto para clarinete y cuerdas

El Quinteto para clarinete y cuerdas
de Johannes Brahms
-que salta a nuestro oído
como uno de esos obsequios
que trae bajo el brazo
la sorpresa-
nos hace oír en un bosque
encantado de armonizar
cualquier protagonismo melodioso
el cántico de un pájaro al que droga
la sustancia de su propio trino.

Poesía y música

En el Bosque de Chapultepec
hay una calzada de poetas
que son como una galería
de sauces compungidos,
mocosos y llorones.
Es una galería incompleta
porque en esta ciudad
hay más poetas que lágrimas
en el rostro maternal de la Llorona.
Pero los presentes,
que lograron encaramarse
al palo encebado de la gloria,
tienen atestados los pulmones
de palabras,
de silencios suspensivos,
y de tropos que se hallan a punto
de volverse milagros.
Y hasta se diría que aprendieron a leer
en el diccionario de la rima.

La calzada de los poetas del Bosque
debería de ser también de músicos,
compositores e intérpretes,
porque entre las palabras y la música
no existe sino el vago recuerdo
de un espacio suicida.

La letra da con las zonas erógenas
de la música,
las seduce y fecunda...
y nace la canción el bolero la balada.

Y al revés. También hay metáforas que nacen
cuando un corro desvelado de sonidos
le da una serenata
al numen del poeta.
Si nos fijamos bien
en los litorales del arte hay una paloma mensajera
que lleva y trae misivas de lujuria
del sonido a la palabra
y de la palabra al sonido.
Y es que la poesía y la música
son uña y carne
y hasta se diría que representan
los amores lesbianos de dos musas.

Mariachi

En un restaurante, en Insurgentes Sur,
donde la botana del olor,
que es un perfume para chuparse los dedos,
nos habla de que hay
tacos de carnitas,
chicharrones,
salsa que escaldaría el paladar
del mismo demonio,
tequila que llega a las entrañas
a blasfemar
contra cualquier cielo,
materialidad, en fin,
con olor a tierra,
a semen,
a mujer,
un mariachi regala a manos llenas
coronas a quien quiera
continuar siendo el rey.
De repente se impone,
arrojando el escándalo
a las playas del silencio,
la madera espiritual de la marimba,

el teclado lujurioso, con vetas de nostalgia,
proveniente sin duda de algún árbol
que se distingue de los otros
por su envidiable colección
de trinos.

Cine

Y todos al parecer contentos:
los gobernantes y los gobernados,
nosotros los pobres y ustedes los ricos.
Pedro Infante rasguea su instrumento.
Blanca Estela al cantar abre una jaula
y toda la ciudad da con un tema
para hacer infinitas variaciones
de la cursilería.
Afortunadamente
la edad dorada del cine mexicano
fue ganada por la justiciera pátina
del tiempo.

Sueño de un poeta en la calle de Adolfo Prieto

Mi padre muerto vive en el piso de arriba.
Oigo sus pasos sobre mi alcoba.
Escucho cuando carraspea,
estornuda
o suspira.
Sé por las vecinas
que continúa siendo un hombre
bien parecido,
 siempre impecablemente ataviado
y rebosante de pasión,
 como quien le va la vida en ello,
por el ajedrez,
la novela picaresca española
y los armónicos producidos
por los versos...

Aunque según se dice
firmó un pacto de sangre
con la simpatía y el buen humor,
tiene a la discreción como su libro de cabecera
y cuida su privacidad
como el cíclope miope
a la niña minusválida del ojo.

Vive en el piso de arriba
entre mi alcoba y el cielo.
Pero por más que lo busco,
por más que le pongo celadas,
no me tropiezo con él
ni en los corredores
ni en las escaleras
ni en el restaurante.

De repente
doy de pies a boca con su sonrisa
en el elevador.
Nos quedamos desconcertados
sin saber qué decir
o qué callar.
¿Sabrá quién soy?
¿Por qué no me desliza el saludo
que adivino en la punta de sus dedos?
¿De dónde esa extraña, feroz, indiferencia?
Me propongo hablarle
romper este silencio que nace al parecer
de alguna dimensión desconocida.
Quiero doblarle el brazo a la ambigüedad
ayudar a lo imposible a que se evada
de la camisa de fuerza
que lo ahoga.
Pero me quedo en las inmediaciones
de la palabra.
¿Mi padre ha muerto en realidad?
¿Lleva a cuestas su sepulcro,
lo carga a todas partes
y su lengua es un trozo de impotencia
a mitad de la nada?
¿Es el borrón y cuenta nueva
de un fantasma?
Creo que en esto hay un malentendido.
Sí una especie de malentendido.
Pero permanezco callado

y pienso, cuando lo veo salir del elevador,
que en su mirada clara no hay la menor señal
del otro mundo.

Baterista

En las Aguilas, en la calle de Esteros,
un baterista, queriendo ser
el fondo percusivo de la música de las esferas,
le sube el volumen al estruendo que lo circunda
hasta volverse el epicentro del insomnio
que sufre el vecindario.
Todo mundo lo escucha sorprendido
cuando toma del caos
el tema de sus innumerables variaciones
con un furor
de guerra mundial en miniatura.

Soprano

En la sala Manuel M.Ponce,
una calandria hace su nido
en el mejor de sus agudos
y picotea el alpiste
de las notas musicales
regadas en el papel pautado de su partitura.
La parvada de voces que la acompaña
es como el conjunto de árboles que circunda
enaltece
da la palabra
al claro del bosque.

Pulque y pintura

Al mismo tiempo, con la sincronía
de un acorde,
en una cantina de Peralvillo
-donde el pulque curado de nada

es la más sólida de todas las bebidas-
 unos andamios
 unos botes de pintura
 una luz embriagada por los efluvios
 del alcohol ambiente,
 nos dicen que un pintor
 le acaba de enseñar a hablar a un muro:
 un artista acorrada en el dibujo
 la inquietud de la imagen
 al encomendar a su derecha mano
 quehaceres de demiurgo.
 Alguien ha encontrado el modo
 de que los ojos del observador
 excluyan de sus haberes
 la infracción de los párpados
 cansados.
 Todos sienten la exigencia de mirar.
 De sacar por los ojos sus entrañas
 a fundirse con los entresijos multicolores
 de la fantasía.
 Hay gritos en las paredes.
 Tal vez se trate de un mural
 de alguno de los tres grandes
 que son dos que son uno
 que no es nadie
 sino el pintor anónimo
 que le sirve de escondite o de guarida
 al artista mexicano.

Portaliras

Si tomamos ese gigantesco
 topo convertido en liebre
 que es el Metro,
 nos bajamos en algún punto
 entre Universidad e Indios Verdes,
 en Zapata por ejemplo
 y caminamos por Félix Cuevas
 podemos llegar a un sitio
 a una cuadra de la Avenida Coyoacán
 donde nada nos impide dar de pies a boca
 con la poesía.

Es un parque
lleno de flores, bancas,
pájaros que cargan en su colodrillo
diferente ornamentación,
vagabundos somnolientos
y una completa escuela
que se ha ido de pinta esta mañana.
Ahí hay un individuo
que carga un manojito de hojas de papel
lápices
sacapuntas
y gomas de borrar.
Se mesa las nubes
deshollina su corazón
le bebe las palabras al metrónomo
y consulta el diccionario de la rima
de los árboles.

Amante de la poesía de Sor Juana,
de López Velarde y de Gorostiza,
del Popocatepetl y del Iztacihuatl
y de un pubis que le roba los sueños,
es de los que, al escribir lo que escribe,
tiene la sabiduría,
tomando al dictado las voces de su sangre,
de negar primero el silencio
(cuando un hueco en la entraña se lo exige)
y aceptarlo después
(en el instante en que su musa guiña el ojo)
porque una y otra cosa
no son sino la regla dorada
de la inspiración.
Y el poeta, al encontrarse haciendo la autopsia
de lo finito,
da con los escondrijos de la belleza,
mete las palabras en cintura,
le pone un acento prosódico a lo tácito
y nos da con las puertas del punto final
en las narices.

CANTO SEPTIMO AVATARES

Nacimiento I

Por calzada de Constituyentes
 en el regazo de vientres de una maternidad
 una madre expulsada de la matriz
 y recoge en los brazos a su pequeño
 a su media naranja en miniatura
 que llega con su **abcd** de niño
 entre los labios.
 Brota de entre las piernas un milagro.
 Salta desde el Edén del útero a los pañales
 a la parte más húmeda
 del infierno. Nacen
 un puñado de vocales
 en pie de guerra.
 Un óvulo ayer fecundado por un gusano de seda
 deposita en las manos amorosas del oxígeno
 la primera piedra
 húmeda con fragancia a principio
 donde se irá gestando la angustia legañosa
 de la nueva criatura.

Las manos recién nacidas
 -hallando en sí mismas su juguete inicial-
 aprenden a decir sus primeros trozos
 de palabras,
 afirmaciones,
 negaciones,
 puños.

Nacimiento II

A la misma hora
 en la cama matrimonial
 -del tamaño de cualquier exceso-

recostada en el departamento sesenta y nueve
 de una privada escondida en un barrio de Tepito,
 unos recién casados,

que saborean aún en los oídos el estruendo
 monogámico
 de la marcha nupcial
 y que urgidos de deseo,
 arrojan al cesto de sus propias arrugas
 la desmayada cabalgadura de los pantalones
 y la ropa interior
 asomada a la intemperie
 del vestido de novia,
 conciben a su primer hijo
 que mueve las piernas
 en las sábanas del éxtasis:
 un pequeño
 rubicundo
 y lloroso orgasmo

La Llorona

Como una Dolorosa hecha de viento
 la Llorona se escucha en todas partes
 calles colonias temores desiertos
 al levantar una piedra
 deshojar una flor.
 En Bucareli Azcapotzalco
 o Corregidora
 porque viaja en Metro
 en busca de sus hijos.
 ¿Quién es Dios santo esa Llorona?
 ¿Por qué de pronto sentimos que alguien
 nos ha desfalcado el pecho?

Enfermos

I

A la misma hora
 en el Centro Médico,
 enfermos en estado
 de entusiasmo terminal,
 ven a su cuerpo cambiar gradualmente de nombre
 y saben que si mañana tendrá el de carroña
 hoy se llama última madriguera
 pocilga de tortura
 basurero de fatigas desahuciadas

cuchitril en que el cuerpo
 aún en pie de guerra
 ya es el único anticuerpo
 mazmorra en la que el alma se arrodilla
 pidiendo en su plegaria una intemperie.

II

En un cuartocho
 cercano a la parada de Cuatro Caminos
 un hombre
 sudoroso
 jadeante
 ensartando estertores
 amarrado a su catre
 por el vendaval oscuro que le atraviesa las entrañas
 da en algún meridiano de sus sábanas
 con su asfixia.

El hombre siente desesperado
 que en la almohada se le abre
 el boquete del abismo
 y que cada una de sus pupilas
 es un hoyo
 negro
 perdido en el espacio.

III

En el Hospital Español
 un paciente acostado en su camilla
 es conducido rodando
 a una sala de operaciones
 poblada de buitres pájaros carroñeros
 y toda la volátil cetrería
 del mal agüero.

Cuidadosamente arropado por la angustia
 y por una zozobra que se le hace nudo
 entre el pecho y la barba
 lucha inútilmente por armar el rompecabezas
 de un regazo.

Lo llevan entre pasillos y pasillos

como una tournée por el infierno.
 Lo conducen por ese tenebroso derrotero
 hacia el quirófano
 donde se halla pequeña casi invisible
 también con bata y cubrebocas
 la esperanza,
 la vida que quiere darse a notar trazando brochazos verdes
 en la atmósfera
 y cantando aleluyas todavía en pianísimo.
 El enfermo no quiere no
 confundir las manos del cirujano
 -que son vistas como íconos sagrados
 por su instinto de conservación-
 con las manos del sepulturero.

Su amigo del alma el temor a la muerte
 el que lo cuida de descuidarse
 no se le separa en ningún momento:
 lleva las manos entre las suyas
 le da ánimos fuerza menudencias de ángel
 para seguir en la brega o al pie del cañón
 con el entero cuerpo en pie de lucha
 rechazando desde la rebeldía del **no quiero**
 desde el oído sordo a las palabras
 de la resignación
 las voces en sordina del sudario
 que piden blancamente un armisticio
 con el tumor maligno del reloj
 que crece en las entrañas para poder al fin
 en el **descanso en paz** cantar victoria.

IV

En esta casa de Iztapalapa muere un hombre cardíaco
 en el momento
 de querer dar a luz
 en la incubadora del orgasmo
 un heredero
 alguien que tenga sus ojos
 su lunar su afán de tararear
 los enigmas del viento.

Vida y muerte

Vivimos en un libro singular cada uno
 con multitud de personajes.
 Sabemos quiénes fueron los linotipistas
 el corrector de estilo
 el revisor de pruebas.
 Pero lo que ignoramos
 o la oscuridad que se entromete en todo
 está en por qué
 para qué chingados
 se escribió ese libro.
 La ciudad
 carnívora
 como y descome humanos.
 Mierda ¿cuál será la mejor metáfora
 de la muerte?
 Se diría que somos títeres marionetas
 seres virtuales
 que maneja la nada con sus manos.

Sueño de un poeta en una cama de hospital

A la orilla del mar
 busco caracoles
 cangrejos con su propia marea
 y escondrijos de metáforas.
 De pronto algo traen las olas
 a mis plantas.
 No es el mendrugo de un cachalote
 ni la escama o el pezón de una sirena.
 Es un barco de papel
 deshaciéndose
 olvidando su estructura.
 Lo levanto.
 Lo intento secar con la manga de mi blusa.
 Le pongo sol para salvarlo
 en lo posible
 de la asfixia
 y hacerle los dobleces necesarios
 para que salga a flote la memoria
 de su ser.

Y en eso estoy
 -pensando en escribir un reportaje
 del milagro-
 cuando otros dos o tres barcos de papel
 se acercan a mi curiosidad
 y a mi sorpresa
 flotando
 yendo y viniendo...
 Abro entonces los ojos
 y retiro mi oreja
 del caracol que me permite
 saltar desde lo sólido a lo líquido
 en momentos
 en que la ciudad me oprime el pecho.

La confesión

Un hombre, con un devocionario bajo el brazo,
 entra a la iglesia de La coronación
 en la colonia Condesa,
 a la que imagina, obnubilado,
 como el atrio de ultratumba
 o los primeros indicios
 -piedras, rumores, incienso-
 del más allá.
 Se hinca de rodillas ante la ventanilla
 y el oído del padre confesor
 -donde se esconde, piensa, el tímpano de Dios-
 y se siente puro, limpio
 -como el que ha entrado con paso firme
 al pasaporte, el primer tramo del viaje-,
 tras de haber exhibido
 menudencias de entraña,
 carnezuela de corazón.

Astucias de la libido

I

Caminando

Por Francisco Sosa
 en dirección al centro de Coyoacán
 el cuerpo de una joven
 -que da carne al contoneo-
 no puede ocultar
 cuando parece partir plaza
 empitonando al aire
 sus deseos de huir
 de la blusa, la falda,
 las prendas interiores atiborradas de secretos
 y un pudor que bordaron sus manos cuando niña
 en los telares del catecismo.

II

Vengan acá.
 Miren cómo la libido
 se mezcla con la atmósfera
 el viento que farfulla
 letanías de polvo
 y se introduce por las rendijas
 de las puertas.

En una casa de Manzanillo
 en la colonia Roma
 un joven le roba a una chica
 el mendrugo de niño de un beso
 y encuentra las palabras convincentes
 -hincadas de rodillas y con pepitas de oro entre los labios-
 para que ella permita
 deslizar en sus hombros sus brazos o su espalda
 el trocito de terciopelo
 de una caricia
 y consienta que la mano,
 con guiños de tacto,
 trace en el aire la efímera acuarela
 de un ademán concupiscente
 y se lance en sus ojos a la búsqueda
 de la minúscula serpiente vertical
 olorosa a manzana

que forman a la entrada del corpiño
 las gemelas
 curvaturas
 de los senos.

III

Pero vengan acá.
 Miren en la calle de Amores
 esquina con Pilares
 cómo van unos novios
 balanceando a la dicha
 en el columpio de sus manos juntas.
 Se arrebatan la palabra
 los labios los suspiros.
 Saben que el deseo
 será el padrino de sus bodas
 atrevimientos
 o aventuras.
 Sus libidos se miran de reojo
 la excitación salta de su escondite
 cuando las manos van tras ella.
 Sus partes pudendas
 que gruñen en sordina
 hallan la forma telepática
 de enviarse mensajes de tacto
 subrepticio.

Un asesino

El infante Juan Manuel
 (aquel asesino que
 por las calles céntricas de la ciudad,
 preguntaba a la víctima la hora...
 y al obtener respuesta
 con el puñal en alto decía:
 “feliz de ti que sabes la hora
 de tu muerte”)
 aparece de nuevo
 en todas partes.
 Es el tatarabuelo
 del actual asaltante
 fruto jugosísimo

en el árbol genealógico
de los delincuentes.

CANTO OCTAVO
LA URNA DIAFANA DEL VERSO

La bestia urbana

*La ciudad
con la ayuda de la comadrona de los nueve meses
nace en sus maternidades
en aquellas instituciones dedicadas
a producir en serie
alboradas despertares
encontronazos con la atmósfera,
va a las guarderías
a jugar con su pronombre
a olvidarse un poco de las madres
a ponerles por el amor de Dios algunos límites,
asiste a la escuela
para aprender a escribir y hacer
el amor sin hache
o a escuchar al pizarrón
hablando a todo gis por el micrófono,
va a la iglesia
a ponerle veladoras al deseo
de inmortalidad
a concentrar todo su destino en las rodillas
y a dejar salpicado de entrañas
el confesonario.
Va a los partidos políticos,
a las fiestas,
al fut bol.
Se le halla en el noviazgo
en el matrimonio
en el alpinismo de los orgasmos.
Se fatiga
encuentra en el infarto
las últimas palabras del oxígeno
y empieza poco a poco a olvidarse
de la forma de respirar.
Y después : los sepelios.
Las agencias funerarias del desconsuelo
y la parvada de pésames
que son los últimos buitres
aunque buitres amorosos*

*que llegan a alimentarse a picotazos
de la carne aún confusa
del difunto.*

Tres órdenes de camposantos

I

Vivos son los que tienen
fuerza espacio disposición
para recibir nuevos cuerpos
frescos recién nacidos a la nada
con el corazón paralizado
como una estatua **in memoriam** del movimiento
y que han dejado a sus espaldas
los desconsolados lagrimones
de la parafina.
Los epitafios ay
no son sino sentimientos de culpa que nos embargan
por cargar una memoria que comienza a enfermarse
cuando cae la inicial
paletada de tierra.

II

Enfermos, los que padecen problemas de espacio
-cada muerto
tiene ínfulas de pequeño
terrateniente-
y ya no les cabe casi ni un enano.
Ven a los obesos
los entrados en carroña
como alimento prohibido
que producen el malestar
cólicos
culpa
o el gástrico aletear de mariposas.

III

Muertos, los que están están superpoblados.
En ellos literalmente
no cabe una sola alma.
Han sufrido el contagio de la muerte.
Se hallan en desuso
sin dar señales de vida

como un gran cadáver a la intemperie.
 Claro que en alguno de sus rincones
 conservan palas zapapicos
 y hasta un inconfundible olorcillo a eternidad,
 aunque olvidados
 y llenos de telarañas.
 Muestran a sus puertas el letrero
 de “clausurado”
 que no es sino el epitafio general
 con que recuerda la urbe
 los restos mortuorios de este “corral de muertos”
 ayer lleno de vida.

IV

Los cementerios nacen se desarrollan mueren
 y pasan, como nosotros,
 a ese **más allá**
 que, amante de la nada,
 tiene en sus litorales
 la más impresionante industria del olvido
 y que también a su modo deletrea
 la finitud del tiempo allá en su tiempo.

Cuando la memoria se abre las venas,
 con la sangre se ve salir atropelladamente:
 caras
 fotografías
 nombres
 y claro algún recuerdo que,
 atacado por el devenir y su jauría de larvas,
 acaba por transformarse en un frágil esqueleto de polvo
 que no tiene otra estructura que el temor
 a cualquier golpe de aire.

Muerte y resurrección

La ciudad muere en sus panteones.
 Se asfixia con la tierra que tapia la boca
 de sus difuntos.
 Se echa al hombro una bolsa
 con todos los ojos fenecidos.

Nace y muere en una reencarnación continua
 en un acta de nacimiento
 fotocopiada y fotocopiada por el infinito.
 A veces se arroja a los seres humanos

se hace una con ellos
 se les mete por todos sus descuidos
 y lleva a las personas
 a cargar en sus adentros
 maternidades
 parques barnizados de luna
 avenidas
 ejes viales
 estercoleros
 iglesias y burdeles.

Yo tú él cargamos en el interior
 enterrados en nuestros entresijos
 un sinnúmero de cadáveres
 de huesos
 de gusanos
 de estómagos rabiosos.
 Pero también a veces la ciudad
 se evade de los individuos
 los aísla los deja
 papando moscas metafísicas
 los deshabita
 permite que su pronombre personal
 se les embarnezca
 les unta de vinagre las comisuras de sus rezos
 y hace de las personas
 hoquedades
 huecos
 rincones
 covachas con arañas tristes
 o lugares dentro de la ciudad
 donde ésta se halla ausente
 y el hombre juega un solitario
 con sus propias entrañas.

Final

El helicóptero vuelve a la tierra.
 Olfatea el lugar donde debe detenerse
 y siente en su tren de aterrizaje
 la tajada del planeta
 que le toca.
 El piloto trae su informe bajo el brazo
 y halla en esta comedia de la urbe
 el pasadizo secreto invisible

que va de la divina
a la comedia humana.
Fue testigo de todo
-de las prisas los besos encamados en la culpa
los dúos de gemidos de serrucho
y violín desafinado.
Si algo se le quedó en el tintero
fue por obra de la fatiga muscular
de su propósito,
de la dolencia de finitud
que padece su brazo
o la anemia perniciosa
que corroe sus versos.

Baja del helicóptero
busca para esconderse la madriguera
del punto final
el trampolín de la imaginación
o la matriz del silencio
y se nos va poco a poco de las manos
de los ojos
del oído
en busca de un nuevo yacimiento de palabras
que al parecer se encuentra en algún punto
de la capital,
para perderse devorado
por una de las avenidas
calles
callejones
vericuetos
de nuestra ciudad.
Se va regando
no guijarros
no mendrugos de pan
sino letras
signos de interrogación
palabras
para que vayamos tras él
para evitar que se pierda en cualquier bosque
que le salga al encuentro.
Podemos perseguirlo
olisquear su pista
leer
leer
los indicios que nos deja
la polvareda en que termina por hacerse

el polvo de que se halla
constituido...
Pero tarde o temprano
daremos con el punto final
de sus escritos
de sus pasos
de sus respiraciones
porque el punto final no es otra cosa
que el epitafio
del silencio.

INDICE

Proemio 3

Canto primero: Templos, avenidas, parques 3

Nuevo día 4

El ruido de la ciudad 5

Catedral Metropolitana 7

Basílica 8

Monumento de la Revolución 9

Bellas Artes 9

Aplauso y silencio 10

El Bosque 11

I 11

II 12

III 13

Avenida Reforma 13

I 13

II 14

La iglesia de la Conchita 15

Parque México 15

La bestia 16

Campo 17

Canto segundo: Oficios 20

Zapateros 20

Boleros 21

Costureras 21

Pedicuristas 22

Siesta 23

Iluminación 24

Electricistas 24

Sueño de un ferrocarrilero 25

Cartero 26

Amante de la sabiduría 27

Panadero 28

Canto tercero: Ricos, pobres, payasos y enamorados 30

Países en miniatura 30

Escaparate 30

Fiesta 31

Droga 32

Los labios de la entraña 33

Testimonio 34

Indios 34

Subdesarrollo 35
 Infección 36
 Espectáculo 36
 Discapacitado 38
 En una esquina 38
Transeúntes 39
 Enamoramiento 39
 Mujeres en Coyoacán 40
 Amores, amoríos y desamores 40

Canto cuarto: Razones de los puños 43

Las voces de la tierra 43
 Solidaridad 44
 Solipsismo 45
 Genocidio 46
 Malestares 46
 Nuevas armas 47
 El paro 47
 Rebeldías 48
 Graffiti 49
 Frescos 50
 Humo 51
 Otra lucha 51
 Mercado 52
 La dignidad 52
 I 52
 II 53

Canto quinto: La Polis 54

Polis 55
 Nombre de calles 56
 Representantes 57
 Angeles guerrilleros 58
 Poder y antipoder 59
 Policías 60
 Pantalla chica 61
 Propaganda electoral 62
 Alquimia y algo más 62
 Prostitución aérea 64
 Delincuencia 65
 La policía de nuevo 65
 Al salir de la iglesia 66
 Galimatías 66
 Cuidando el orden 67
 El de arriba 67
 Desnudos 68

Asaltantes 69

Canto sexto: Artistas 70

Música 70

Pianista 70

Organista 71

Cello 71

Homenaje 72

Quinteto para clarinete y cuerdas 72

Poesía y música 73

Mariachi 74

Cine 75

Sueño de un poeta (calle: Adolfo Prieto) 75

Baterista 77

Soprano 77

Pulque y pintura 77

Potaliras 78

Canto séptimo: Avatares 80

Nacimiento I 80

Nacimiento II 80

La Llorona 81

Enfermos 81

I 81

II 82

III 82

IV 83

Vida y muerte 84

Sueño de un poeta (cama de hospital) 85

La confesión 85

Astucias de la libido 86

I Caminando 86

II 86

III 87

Un asesino 87

Canto octavo: La urna diáfana del verso 89

La bestia urbana 89

Camposantos 90

Muerte y resurrección 91

Finale 92

